

HOMENAJE

ERIGIDO EN LA TIRA DE ARGENTINA

— 4 —

Luis Barahona de Soto,

MIEMBRO DE LAS FAMOSAS FUERZAS DEL MUNDO,

DE SU PAIS DE ORIGEN

EN EL CCCIII ANIVERSARIO

DE SU NACIMIENTO.

BARAHONA

BARAHONA

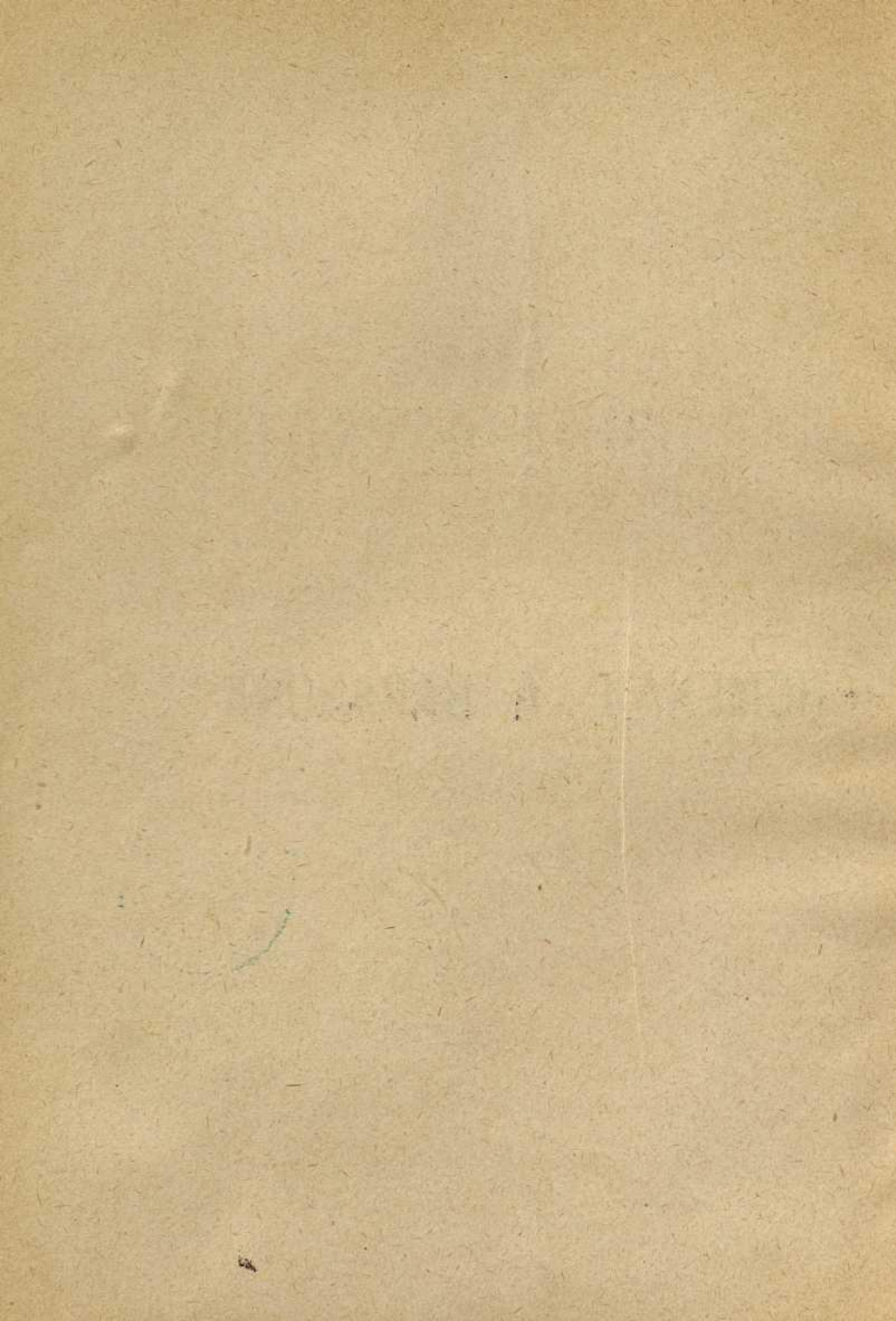
Tipografía del periódico La Unión Constitucional.

1904.

FAN
XIX
461



HOMENAJE A BARAHONA.



HOMENAJE

— A —

BARAHONA DE SOTO



MÁLAGA.

Tipografía del periódico LA UNIÓN CONSERVADORA.
1898.

R-46.566



Instancia del Sr. Rodriguez Marín

**Sr. Alcalde presidente del Ilustre Ayuntamiento
de Archidona,**

Don Francisco Rodriguez Marin, vecino de Sevilla, abogado, Vicedirector de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras é individuo correspondiente de la Española, ante V. S. con la debida consideración expongo:

Que, en mi deseo de allegar cuantas noticias pudiese acerca del insigne poeta Luis Barahona de Soto, para escribir su biografía y estudio critico de sus obras, vine hace poco más de un año á esta villa, donde tuve la buena suerte de hallar, entre otros datos, que importaban á mi propósito, los autos de la testamentaria del celebrado autor de «La Angelica». Por ellos y por la inspección de las calles de Salazar y Santo Domingo se viene en conocimiento de que el renombrado escritor vivió algunos años, hasta su muerte, en la casa que en la última de las dichas calles hace esquina á la de Salazar.

La Real Academia Española, ha tenido á bien premiar,

por voto unánime, mi *Biografía y estudio crítico de Luis Barahona de Soto* y, creyendo yo que al otorgarme tal galardón he contraído una duda sagrada á favor de la buena memoria del poeta eximio, docto médico y celoso regidor de esta villa, y estando deseoso de solventarla, solicito del Ilustre Ayuntamiento que V. S. dignamente preside,

1.º Que se me permita costear, para ponerla en la fachada de la dicha casa, una losa de mármol que, perpetuando el recuerdo del excelente escritor, contenga la inscripción que sigue:

EN ESTA CASA MURIÓ

LUIS BARAHONA DE SOTO,

«UNO DE LOS FAMOSOS POETAS DEL MUNDO

NO SOLO DE ESPAÑA»,

El día 6 de Noviembre de 1595.

Scripta legito.

Y 2.º Que el día en que se haya de colocar la dicha lápida (que podrá ser el 5 de Noviembre próximo, CCCIII aniversario de la muerte de Luis Barahona) la Corporación Municipal se sirva de oír una misa cantada que se celebrará por el eterno deseanso del alma del poeta en la iglesia parroquial de Santa Ana, donde fué sepultado su cadáver.

Suplico á V. S. que se digne de ordenar que el señor secretario de ese Ilustre Ayuntamiento dé cuenta de la presente instancia en el próximo cabildo, por si los señores capitulares, como es de esperar de su notoria ilustra-

ción y de su amor á nuestras antiguas glorias, tienen á bien acceder á lo que solicito, en lo cual me otorgarán especial merced.

Dios guarde á V. S. muchos años. — Archidona, á ocho de Septiembre de mil ochocientos noventa y ocho.

Francisco Rodriguez Marin.



**Particular del acta del Cabildo Ordinario
celebrado en 11 de Septiembre de 1898, por el
Ilustre Ayuntamiento de la villa de Archidona.**

...también se dió cuenta de una instancia de D. Francisco Rodríguez Marín, vecino de Sevilla, Abogado, Vice-Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras é individuo correspondiente de la Española, en la que, como autor de una Biografía y estudio crítico del poeta Luis Barahona de Soto, obra premiada por voto unánime de la Real Academia Española, solicita autorización para costear y colocar en la fachada de la casa que en esta villa habitó el poeta, una lápida que perpetúe el recuerdo de tan famoso escritor, y propone que para solemnizar este acto, la Corporación Municipal se sirva oír, el día en que se verifique, una Misa cantada, por el eterno descanso del poeta. Enterada la Corporación del bien escrito documento que suscribe el Sr. Rodríguez Marín, á propuesta del Sr. Alcalde, acordó por unanimidad:



1.º Que en la fachada de la casa que hace esquina á las calles de Santo Domingo y Salazar, que es donde, según las investigaciones del sábio biógrafo, habitó y murió Barahona de Soto, se coloque, previo permiso del propietario, una losa de mármol, con la oportuna inscripción, á expensas del Ayuntamiento de esta villa.

2.º Que se ruegue al Sr. Rodriguez Marin acepte el encargo de dirigir la construcción de dicha lápida, redactar la inscripción que haya de llevar, y señalar el día en que pueda ser colocada.

3.º Que se haga presente á dicho señor, por conducto del Sr. Alcalde, la gratitud del pueblo de Archidona, para con el erudito investigador, inspirado poeta, y eminente hombre de letras, que al prestar á las Españolas, el gran servicio de dar á conocer la vida y obras, casi ignoradas hasta hoy, del autor de las «Las lágrimas de Angélica», ha honrado á nuestra villa, dando á conocer á un hombre ilustre, que aunque no naciera en ella, por su residencia, los cargos que desempeñó, y las obras aquí escritas, es sin duda una gloria archidonesa; razón esta última que el discreto biógrafo tendrá en cuenta, para comprender que este Ayuntamiento, estimando en mucho, la oferta relativa al coste de la lápida, está en el caso de no aceptarla, por considerar á este pueblo obligado á contribuir con lo único que está á su alcance, á honrar la memoria del que fué su regidor y médico, y mereció el dictado de famoso poeta que le atribuyó el gran Cervantes.

Y 4.º Que el día que se sirva señalar el Sr. Rodriguez Marin para la inauguración de la lápida, se celebre, á

expensas del Municipio, una misa cantada, con asistencia de esta Corporación, invitándose á esta solemnidad, á dicho señor, y á los archidoneses, que residentes ó ausentes de esta villa, se distinguan por su amor á las letras,



Respuesta del Sr. D. Francisco Rodríguez Marín

Contestando á la atenta comunicaci3n con que V. S. se dign3 de favorecerme en 20 del mes pr3ximo pasado, doy gracias cordialísimas al Ilustre Ayuntamiento que V. S. dignamente preside, por haber accedido á mi pretensi3n acerca de perpetuar en esa culta villa el glorioso recuerdo de Luis Barahona de Soto, mediante la colocaci3n de una l3pida en las casas en que muri3 y habia vivido m3s de doce a3os.

Anhelaba yo, por el hondo cari3o que profeso á la memoria del excelente poeta autor de «La Ang3lica», que se me permitiera dedi carle á mi costa ese tributo, asi como el piadoso sufragio á que aludí en mi instancia de 8 de Septiembre; pero esa Ilustre Corporaci3n, harto celosa de sus prestigios, no ha tenido á bien permitir que nadie, sin3 ella atienda á tales gastos. Obedecer y agradecer me toca, no sin dolerme de que mi proyecto, en este punto, haya quedado sin realizarse.

Nuevos motivos para mi agradecimiento han sido el

honroso encargo que se me confió de dirigir la construcción de la lápida conmemorativa y el aplazar su inauguración y la fiesta cívica y religiosa que ha de acompañarla para cuando me sea posible participar de ella. Aceptando reconocidísimo estas mercedes, tengo el gusto de comunicar á V. S. que la lápida esta preparada; que la leyenda es la misma que propuse, con la sola adición de que el Ilustre Ayuntamiento de Archidona dedica ese recuerdo al insigne poeta; que, ya que tareas ineludibles é inaplazables me impedirán por ahora salir de Sevilla, ruego que la antedicha fiesta se celebre el Domingo 11 de Diciembre próximo, y, en fin, que, en la escasa medida de mis facultades, procuraré mostrarme agradecido á tales y tantas deferencias, solicitando que concurren conmigo algunos de mis compañeros y maestros de esta ciudad y leyendo en el acto de la inauguración de la lápida las mejores poesías de Barahona de Soto y los dos capítulos de mi libro que tratan de su estancia en Archidona.

Réstame pedir mil perdones á V. S. y la Ilustre Corporación Municipal por lo mucho que, del todo involuntariamente, he tardado en responder á su atentísima invitación, y rogarles que, en señal de mi sincero agradecimiento, se sirvan de aceptar, para el archivo del Municipio lo que un humilde escritor puede tener á mano: los libros que son fruto de sus desvelos.

En obsequio tan baladí estime, no obstante, el Ayuntamiento de Archidona una voluntad de oro acendrado.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Sevilla, 27 de Octubre de 1898.

Francisco Rodríguez Marín.

Sr. Alcalde Constitucional de Archidona.



**Particular del acta del Cabildo Ordinario
celebrado en 6 de Noviembre de 1898 por el Ilustre
Ayuntamiento de la villa de Archidona.**

Se dió cuenta de un atento y expresivo oficio que ha dirigido á la Alcaldía D. Francisco Rodríguez Marín, su fecha, en Sevilla, 27 del mes último, acusando recibo del acuerdo de esta Municipalidad que oportunamente le fué comunicado, por el que se le participaba haber sido atendida su solicitud de perpetuar en esta villa el glorioso recuerdo de Luis Barahona de Soto, y con tal motivo dicho señor significa su agradecimiento al Cuerpo Capitular por el propósito de llevar á la práctica un acto que tanto le honra, aunque venga, dice, á contrariar en parte su deseo manifestado de realizar á costa suya aquel tributo de admiración al excelente poeta autor de «La Angélica», concluyendo por rogar, y aduce los motivos en que funda esta petición, que se aplace la fiesta cívica al 11 de Diciembre próximo. Al propio tiempo acompaña á su aludido escrito el Sr. Rodríguez Marín, como obsequio al Ayuntamiento y con destino á su archivo, varios tomos de obras

suyas. Y el Municipio, apreciando como sinceras las sentidas manifestaciones expuestas por el dicho Sr., acuerda se signifique al mismo el reconocimiento de gratitud de este cuerpo capitular tanto en ese concepto, como por la valiosa donación de sus obras que acepta y estima como regulador de su voluntad, que aun siendo tan grande como expresa, supera en mucho á ella el valor literario de las mismas, disponiéndose por último el aplazamiento de dicha fiesta al día que queda señado, y que se comuniquè así con certificado de este acuerdo al señor Rodríguez Marín.



Misa de requiem

Se celebró en la iglesia parroquial de Santa Ana, á las diez de la mañana del 10 de Diciembre, con asistencia de la Corporación municipal, y de las personas invitadas por ésta. Presidió el Sr. Alcalde, teniendo á su derecha al Sr. Rector del Colegio de Escolapios, y á su izquierda al Sr. Rodríguez María.

Ofició el Sr. Vicario arcipreste D. Pedro Sánchez Naranjo.

Se cantó una misa del maestro Pablo Gené, escolapio, por los RR. PP. del mismo instituto Miguel Canet, Vicente Gaitán, Emilio Galán y Benito Martín, y por el sochantre de la parroquia D. Francisco de Asís Luque.

Acompañaron con Harmonium y piano los señores don Ramón Noguera y D. Miguel Blanco.

El P. Canet cantó además el aria de Stradella.

El padre escolapio Antonio García del Pozo pronunció una oración fúnebre,



Banquete

A las diez de la noche del mismo día 10 de Diciembre se sentaron á las mesas dispuestas en el salón Capitular, los señores

Don Francisco Rodríguez Marín.

- » Narciso Díaz de Escovar.
- » Joaquín Díaz de Escovar.
- » Juan A. de Torre Salvador.
- » Antonio Aguilar Cano.
- » José C. Bruña.
- » Arturo Reyes.
- » Miguel Salcedo González.
- » Salvador Artacho y Pino.
- » Ramón Oliver y Zalamea.
- » Enrique Miranda y Godoy.
- » Eugenio Lafuente y Valverde.
- » José Sevilla Jiménez.

Don Emilio Miranda Alcántara.

- » José Cano Luque.
- » Manuel Sáez Buzón.
- » Emilio Pérez Melgar.
- » Juan García Checa.
- » Rafael Ramilo Lara.
- » Juan García Ramilo.
- » Juan García Sánchez.
- » Luis del Valle Gozávez.
- » José L. Sánchez Pastrana.
- » Joaquín Luque Ferrer.
- » Modesto Moreno de la Rosa.
- » José Rosal y Benítez.
- » Enrique Pabón García.
- » Adolfo Serna Morales.
- » Manuel Trugillo Moreno.
- » José L. Guerrero González.
- » Miguel González Gozávez.
- » Ricardo Concho Cíezar.
- » Miguel Solana Lígero.
- » Joaquín Checa González.
- » Manuel Miranda Gutiérrez.
- » Luis Tamayo y Cárdenas.
- » José Hoyos Reyes.
- » Manuel Pérez Murillas.
- » Ramón Noguera Bahamonde.
- » Antonio de la Rosa y Rosal.
- » Aurelio García Checa.
- » José Palomero Moreno.
- » Antonio Aragón González.
- » Francisco García Gozávez.
- » Miguel Blanco Urbano.

Don Isidoro Blanco Urbano,
y se sirvió una cena compuesta de galantina con salsa mayonesa, langostinos á la vinagreta, jamón en dulce, con gelatina, pasteles, dulces, frutas, café y vinos Jerez, Rioja y Champagne.

Brindaron los señores Rodríguez Marín, Cano y Luque, Miranda y Godoy, Pérez Melgar, Díaz de Escovar (don Nareiso y D. Joaquín), Bruna, García Sánchez, Moreno de la Rosa, Lafuente y Valverde, Noguera, Checa González, Pérez Murillas y Artacho.

Don Aurelio García Checa leyó las siguientes quintillas remitidas de Madrid por D. Cayetano de Alvear.



Brindis

Enviando unas flores para el banquete que, con otros festejos, ha de celebrarse en Archidona el 11 del actual en honor al divino poeta Luis Barahona de Soto.

Con grande satisfacción
y honor nunca merecido,
en Madrid,—no en el Rincón,—(*)
hace poco he recibido
vuestra amable invitación.

¡En Madrid!... este es el caso;
y en ello está mi fracaso,
lo que me abruma y me pesa;
pues Madrid... no se halla á un paso
de esa villa archidonesa.

(*) Finca del autor próxima á Archidona.

Para rendir culto al arte
 quereis que vaya... ¡qué empeño! ..
 ¿Cómo ir á ninguna parte
 yó, prosélito de Marte,
 que aquí de mí no soy dueño?

Vuestro oficio y vuestra carta,
 invitándome á que parta,
 me han hecho perder el tino;
 pues mi absorbente destino
 la libertad me coarta.

¡Que prepare mis trebejos!...
 ¡Que ahí habrá lindos festejos
 en honor de un gran poeta!...
 ¿Hay tentación más completa
 para mí... que estoy tan lejos?

El programa es seductor:
 bien en él se manifiesta
 con vuestra fé, vuestro ardor
 y que haceis caso de honor
 del éxito de la fiesta.

Además de otras funciones
 religiosas, me promete
 no sé cuantas excursiones
 y que abrireis los salones
 con un baile y un banquete.

Y, por si esto no es bastante,
añadís que alborozada
la gente está y preparada
á la fiesta más brillante;
¡á una artística velada!

Para ella, con desparpajo
pedís que, en caso de ausencia
os envíe algún trabajo...
¿qué ha de hacer bueno en conciencia
un burócrata á destajo?

Desluciendo esa velada
mi inspiración fútil fuera
y mi obstinación menguada
y así es que, de esta manera,
prefiero... no enviar nada.

De ese vate esclarecido
tendréis elogio cumplido
en el trabajo premiado,
erudito y acabado,
de un crítico distinguido, (*)

Quien, sin causas que lo abrumen,
de aquel, seguro es que acierte
á evidenciaros el numen
haciéndoos, docto, el resumen
de sus obras, vida y muerte.

(*) «*Estudio biográfico e ítico de Luis Barahona de Soto*», por D. Francisco Rodríguez Marín. Obra premiada por la Real Academia Española.

Y respirando en la llama
del poeta á quien aclama,
al recitaros sus versos
cantará en tonos diversos
las grandezas de su fama.

Poetas de gran altura
acudirán con premura
á solemnizar la noche
y aquello será un derroche
de saber y galanura.

Yo, que con todos concuerdo
uniéndome á sus loores,
juzgo, en cuanto á mí, más cuerdo...
enviaros esas flores
donde anida mi recuerdo.

Las que prueban que, si abundo
en sus juicios y emitirlos
no sé con estro fecundo,
en cambio, sí, sé sentirlos
de mi pecho en lo profundo.

Y al honrar con firme intento
á aquél á quien cantan otros
conste que, de pensamiento,
fiel á vuestro llamamiento
mi alma está ya con vosotros.

Escanciad, pues, y bebamos
por el varon peregrino
cuya memoria hoy honramos,
á quien tanto celebramos
y un génio llamó: «*el divino.*»

Brindemos, sí, por la gloria
de quien en tiempo remoto
alcanzó fama notoria!
Brindemos por la memoria
de Barahona de Soto.

Y la copa al levantar
conmigo por Barahona
no dejeis de consignar
que brinda por Archidona
CAYETANO DE ALVEAR.

Madrid, 8 Diciembre 1898.



Inauguración de la lápida

A las dos de la tarde del 11 de Diciembre se organizó en la casa capitular la procesión cívica, que compuesta de los señores literatos venidos á Archidona para asistir á esta solemnidad de la Comunidad de PP. Escolapios, y de las más distinguidas personas de la villa; presidida por las autoridades civil, eclesiástica y militar, y seguida de una banda de música, se dirigió por las calles de Carrera, Cuesta de los Caños y de Santo Domingo á la casa que en esta última hace esquina á la de Salazar, donde, tras breves discursos del señor Alcalde D. José de Sánchez Pastrana y del Sr. Rodríguez Marín, y á los acordes de la Marcha Real, recorrió el primero de dichos señores la cortina que ocultaba la lápida de mármol blanco colocada en la fachada, quedando al descubierto la inscripción que dice:

EN ESTA CASA MURIÓ

LUIS BARAHONA DE SOTO

«UNO DE LOS FAMOSOS POETAS DEL MUNDO,
NO SOLO DE ESPAÑA.»

Scripta legito.

El Ayuntamiento de Archidona le dedica
esta memoria.

Regresó la comitiva á la Casa Consistorial por las calles de Salazar, Plaza de la Constitución, calle Nueva y Plaza de la Victoria.



Velada

Tuvo lugar la noche del 11 de Diciembre en el salón Capitular.

Se inauguró á las nueve con la marcha de la Coronación en la ópera «El Profeta» de Meyerbeer, ejecutada á dos pianos (ocho manos) violin y contrabajo, por las señoritas D.^a Matilde Luque y D.^a Maria Sánchez Urbano, y los señores D. Ramón Noguera, D. Eugenio Lafuente, D. Miguel Blanco y D. Isidoro Blar co.

En uno de los intermedios el Sr. D. Ramón Noguera tocó al piano el andante del poema musical de su composición titulado «Los gnomos de la Alhambra».

El Sr. D. Francisco Rodriguez Marin leyó en esta velada un capítulo de su obra «Estudio biográfico de Luis Barahona de Soto», premiada por voto unánime de la Real Academia Española, y no publicada aun,

Enviaron su adhesión, expresando el sentimiento de no poder asistir á esta velado, á la que habían sido invitados los señores D. Antonio Alcántara y Pérez, D. Emilio Rosa, los señores Villarreal y López Carbonero, catedráticos de la Universidad de Granada, D. Trinidad de Rojas, don Nicolás Visconti, el director de *El Defensor de Granada*, el de *El Lucentino* de Lucena y el de LA UNIÓN CONSERVADORA de Málaga.

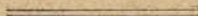


D. JOSÉ L. SANCHEZ PASTRANA
Alcalde presidente del Ilustre Ayuntamiento
de Archidona.

Mi limitada ilustración y escaso dominio en el arte de la palabra, unidos á la gran emoción que embarga mi ánimo en este momento, al encontrarme ocupando puesto tan elevado é inmerecido como el de la presidencia de esta velada, á la que de diversas regiones andaluzas, y de este pueblo, concurren personas de tanto mérito y saber, me impiden llenar debidamente el difícil cometido que las circunstancias me imponen. Este culto y discreto auditorio sabrá dispensarme, si me limito á dar gracias en nombre de la Corporación municipal y del pueblo de Archidona á las señoras y señoritas que nos conceden el honor de congregarse en esta sala para mayor brillo y esplendor de la fiesta; á los ilustres literatos, que haciendo molestos viajes han venido á dar más solemnidad á este

acto; y á mis queridos convecinos, por su concurso al mismo fin, favoreciéndonos unos y otros con los notables trabajos literarios que tan agradable han de hacer esta velada.

Réstame suplir al promovedor de esta grata fiesta, Sr. Rodríguez Marín, tenga la bondad de reemplazarme en este puesto, que no debe continuar ocupado por más tiempo por el menos idóneo de los aquí reunidos.





Discurso pronunciado por el
Señor Don Enrique Miranda y Godoy

SEÑORAS Y SEÑORES:

Altísimo é inmerecido honor hánme dispensado mis caros paisanos, deferentes siempre, aunque en esta ocasión inexorables conmigo, al designarme, nó ya solo para tomar parte activa en esta gran solemnidad, sino para inaugurarla, y espresar los elevados sentimientos que, con motivo á ella, embargan al culto vecindario de Archidona.

Son estos, de gratitud, unos, para con sus ilustres huéspedes, poetas insignes ó eminentes literatos, que se sirven llenar de esplendor, con sus admirables producciones, nuestro humilde homenaje á las patrias letras, á cuyos Señores doy, en nombre de aquel, y en el mío la más cordial bienvenida, y de admiración y cariño, otros, en favor de los preclaros hijos ó vecinos, que honran á este generoso pueblo.

Hé aquí la razón que me ha obligado á pedir la palabra, el primero de los que han de hacer, fuera de mí, lucidísimo uso de ella, nó obstante ser, en realidad, el último de todos, en suficiencia y dotes oratorias, que, si de suyo fueron muy limitadas, hállolas, de presente, estinguídas por entero, ante el estupor y turbación que producen, de una parte, la deslumbradora belleza de tantas nobles damas, á quienes envío mi más cortés saludo, que han tenido la dignación de concurrir á esta velada, para engrandecerla y abrillantarla, y de otra, la extraordinaria ciencia acumulada en un auditorio, tan selecto é ilustrado, á cuyas benignidades entrego mi conturbado ánimo.

Pero, no temais, señores que yo fatigüe vuestra benévola atención con un formal y académico discurso, que habría de resultar asaz desaliñado y torpe, tratando, ora, de enaltecer, con la lueidez debida, al insigne vate, cuyas glorias nos reunen en esta casa solariega de nuestra hermosa villa; ora, de ensalzar, cual corresponde, los méritos literarios del celeberrimo «Manco de Lepanto», entusiasta apologista de aquel, ó ya, en fin, de cantar las excelencias de la renombrada y preciosa novela, que viene haciendo reír á toda la humanidad, desde que arrancó, hace trescientos años, la primera carcajada á su autor, al escribirla, en la lóbreguez de una cárcel, «donde, como él dice, toda incomodidad, tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitación». Libro este que ha surcado todos los mares, recorrido é iluminado como el sol, todos los ámbitos de la tierra, y en el que se prodigan, en honor de nuestro eximio poeta, las más justas y cumplidas alabanzas,

Escasas mis facultades, y casi profano yó en estos asuntos literarios, por si solo sublimes, nunca lograría mi insensata crítica avalorarlos; y vanos fueran todos los esfuerzos de mi imaginación infecunda, si osadamente intentara, ó añadir, siquiera una hoja más de laurel, á la inmarcesible corona que cubre las sienes de esos dos peregrinos ingenios, ó excogitar algún pensamiento feliz, alguna idea nueva que ofrecer, en obsequio, señores literatos, á vuestras esclarecidas inteligencias, tan cultivadas y peritas en este bellissimo género de estudios.

Y, á la verdad ¿qué elogio podría yo hacer del divino poeta Luis Barahona de Soto, nó ya superior, sino que igualara al que le tributó el inmortal Cervantes, en su referida novela, la cual es conceptuada por nuestros más conspicuos oradores y literatos, y por todas las doctísimas Academias, como un prodigio del bien decir, y un portento del entendimiento humano?

Ni ¿qué fallo dictaría yó más acertado y justo, que el pronunciado por aquel sábio Tribunal escrutador que presidiera el Licenciado Pero Perez, cura del pátrio Lugar del Ingenioso Hidalgo, constituido, aquél, para seleccionar, de la Biblioteca de este, los libros de reconocido mérito, y condenar á la hoguera como por auto de fé, aquellos otros inútiles ó dañosos, que trastornado habían el juicio al que se llamó «Caballero de la Triste Figura»?

Permitidme, solo, señores, que os lo recuerde. «Cansóse el Cura de ver más libros, y así, á carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba «Las Lágrimas de Angélica. Lloráralas yo, dijo el cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubiese mandado quemar, porque su autor fué

uno de los famosos poetas del mundo, nó solo de España.»

Desde luego reconocereis, señores, conmigo, que no caben, ni encomio mayor que éste, para un hombre de letras, ni autoridad más respetable, ni sentencia más justa y clara; en la cual, no se sabe qué admirar más, si la sobriedad de la frase, la rectitud del juicio, ó la esplendidez del concepto.

Juez yo, en consecuencia, incompetente para entender de estas elevadas materias, me inhibo del conocimiento de las mismas, en favor de la propia y peculiar jurisdicción, que toca y corresponde, de derecho, á los eruditísimos literatos que han de cautivar, seguramente, nuestros espíritus, en la Velada, con su inspiración poética, su arrebatadora elocuencia y su proverbial sabiduría.

Mi cometido principal, en ella, es más sencillo. Redúcese á exponer los sentimientos de un pueblo, generoso, como el nuestro, henchido de júbilo, de admiración y gratitud, por las glorias de sus héroes; y para ello no es menester discurrir, ni idealizar. Basta, solo, recoger con avidez, los nobles eflúvios, que, del corazón, emanan, y presentarlos sin sujeción á fórmulas, y convencionalismos retóricos, sino con el natural atavío de la espontaneidad, que es, á mi entender, el que les presta su mayor fuerza y encanto.

A este propósito, impórtanos alegar, como primer título para nuestra satisfacción y entusiasmo de archidoneses, el de que el Pontífice Máximo, en materias literarias, Cervantes, definiendo, *ex cathedra*, desde la montaña de inconmensurable altura, á que lo elevaran sus indiscutibles merecimientos, tiene declarado «*urbi et orbe*» que Luis Barahona de Soto *fué uno de los famosos poetas del*

mundo, no sólo de España, y que él hubiese derramado copiosas lágrimas, si «Las de Angélica» (como intituló á su magnífico poema, parecido al de Ariosto) se hubiesen quemado ó perdido.

Pues bien, señores, si, por otro testimonio irrefragable, como este, cual lo es, el de nuestro dignísimo Presidente, Sr. Rodríguez Marín, á quien pudiéramos conceptuar, no ya solo, como el segundo padre de Barahona, por haberlo resucitado á la vida moral, inquirido, á costa de grandes sacrificios, las más íntimas particularidades de ella, descubierta muchas de sus obras, y dádonos á conocer el mérito de ellas, sino tambien su sucesor, por cuanto ha recibido, como herencia, *«el fuego sagrado de la tradición poética nacional... viviendo, á toda hora, en trato familiar, con los maestros de nuestra lengua,* como, en autógrafo inestimable, que sirve de prólogo á la célebre obra de arte, *«Ciento y un sonetos»* le haya expresado uno (plagiando yo á Cervantes) de los famosos sabios que ha habido en el mundo, Don Marcelino Menéndez Pelayo; y heredado, asimismo, los méritos de aquél, sus portentosos talentos, y, tengo para mí, que hasta su gloria inmortal; si, por testimonio, repito, tan incontrastable hemos llegado á saber que ese insigne poeta, Barahona, habito entre nosotros, trató, íntimamente, á nuestros progenitores, conoció, aquí, al mismo Miguel Cervantes Saavedra, cuya planta honró, tambien, este suelo, vivió, aquel, y murió en la casa, sobre cuyo modesto frontispicio, hemos visto, hoy, colocar marmórea piedra, y esculpidas, en ella, imperecederas letras, que, al propio tiempo que pregonan la exaltación de un Genio, anunciarán á la posteridad el honor que cupo á este pueblo por haberlo tenido y retenerlo aún, en su seno, ¿qué extraño es, queridos

paisanos, que nos llenemos de satisfacción y júbilo, celebrando tan afortunado descubrimiento?

¿Qué mucho que los archidoneses honremos dignamente la memoria de Barahona, oyendo de labios del ilustradísimo «Bachiller, Francisco de Osuna» sentado en el Sillón presidencial, que aquel famoso poeta del mundo, asistió á nuestros antepasados en sus enfermedades y dolencias como médico titular, y que sus respetables cenizas confundidas y amalgamadas con las de nuestros padres, reposan en paz, á la sombra bendita de esa histórica Sierra regada profusamente con sangre, de la que es parte la nuestra, y ennoblecida por las heroicas proezas de aquellos, las cuales llegaron á lo épico, como las denomina y describe, por maravilloso modo, el gigante de la elocuencia Sr. Castelar, realizadas, para expulsar de las fortalezas que aún se destacan á nuestra vista, al valeroso alcaide Ibrahín, despeñado en ella, ante el furor de los nuestros cual lo fuera, temiendo al suyo, en otra cercana y memorable Peña y abrazada al magnate granadino Hamet, su preciosísima y enamorada hija?

Digno es, también, de todó nuestro entusiasmo, el saber, que las flores producidas en los jardines de esta villa, no sin razón llamada por los Romanos, según la estimología de su nombre, «*Señora de los Alcizares*»; sus frondosos valles, que han dado ocasión á la cultísima y arrebatadora pluma del citado señor Castelar, para trazar (en *La Ilustración Española y Americana*) periodos de los más gallardos y bellos, que háyanse escrito en nuestra hermosa lengua, al pintar, de mano maestra, el paraje, por todo s nosotros recorrido, de «La Hoya» cuando se hallaba transformado en un Oasis, bajo la dominación árabe; que sus huertos, y escondidas sendas, como los ambicionara

Fray Luis de León en su inimitable «*Oda al campo*»; sus bosques repuestos y escondidos, como los preciados por el ruiseñor de la «*Epístola Moral*» de Rioja; sus sazonados frutos, abundantes mieses, y nutridos rebaños, parecidos á los que describieran, en sus *Bucólicas*, el latino Virgilio y nuestro Toledano Garcilaso de la Vega; sus deleitables auras, sus eopudas encinas, sus rientes olivares y exuberantes viñedos, inspirasen algunas de las admirables y dulcísimas *Eglogas* de Barahona.

¿Cómo nó se han de conmovier las fibras más delicadas de los Corazones Archidoneses, al noticiárseles, ayer, por el eminente orador sagrado, en las exéquias de dicho insigne poeta, que este nó solo se prosternaba, con nuestros mayores, ante la «*Virgen de Gracia*», cual lo hizo, rodeado de nosotros mismos, el malogrado y sentido Monarca, D. Alfonso XII, sino que dedicó amorosos himnos, y las más tiernas endechas que arrancar pudiera de su piadosa lira, á nuestra excelsa patrona, cuya imágen, ondeante en las enseñas, conquistadoras de esa misma sierra, colocaron nuestros padres en argentino trono, y sobre las ruinas de árabe mezquita, erigieron en su honor, nuestro venerado Santuario: imagen y sierra adoradas, á las que eleva de continuo sus más puros afectos, sus más fervientes votos y plegarias todo corazón archidonés?

¿Qué mucho, en fin, que los nacidos en este privilegiado suelo, nos poseamos de inmensa alegría y de noble y legítimo orgullo, sabiendo, por boca del sábio biógrafo de Barahona, que *el sosiego, por este, aquí disfrutado, nuestros lugares apacibles, la amenidad de nuestros campos, la serenidad de nuestro cielo, el murmurar de nuestras fuentes, la quietud del espíritu, gozada entre nuestros abuelos fueron grande parte para que sus esté-*

riles musas se mostrasen fecundas, y ofreciesen partos al mundo que le colmasen de maravilla y de contento, como «Las lágrimas de Angélica» inspiradas quizás, y sin quizás, por alguna de las beldades que necesariamente debieron existir aquí, en aquella época, cuando tan hermosos ejemplares, de ellas, como veis, nos dejaron en sus hijas y sucesoras?

No ofrece á nuestro agradecimiento menor causa de regocijo, la prueba obtenida por el moderno panegirista de Barahona, de haber sido este Regidor, celosísimo, del Concejo de esta Villa; por lo cual es de creer, que su potente palabra resonaría, armoniosa, en estas vetustas paredes, al proteger nuestros derechos con mayor intensidad y elocuencia que las emitidas por nosotros para glorificar su nombre.

Y si el ambiente que respiramos fecundizó en su ingenio las concepciones sublimes que lo hicieron famoso en el mundo, como poeta; si él, en punto á Religión, adoró, entusiasmasdo, lo que más aprecian y adoran los Archidoneses; si atendió á la salud de éstos, como médico, y á sus intereses materiales, como concejal ¿qué obsequio más pequeño cabe á ellos, prestar á su memcra que el de unir sus loas á las de Cervantes, y ayudar á Rodríguez María para cubrir su tumba, de laureles?

Si señores; motivos son estos bastantes, ciertamente, y títulos sobradísimos, para que la anciana «*Arcis-Domina*» sienta rejuvenecerse, se engalane y hasta se envanezca, al apereibirse de que hoy se van á reconstituir los templos de su antigua gloria, á restaurar sus timbres y blasones ya oxidados, ó desconocidos, y á levantar, para respeto y ejemplo de las generaciones archidonesas, monumento de gratitud á sus inclitos hijos y conciudadanos.

Elegido yo, nó por mis méritos, de que carezco, ni por mi ciencia que es nula, sino, acaso, por el triste privilegio de la edad, y, seguramente, por la bondad de mis paisanos á quienes consta el entrañable amor que profesó al suelo en que nació, para expresar los sentimientos que á todos nos animan, en este solemne acto, tengo la satisfacción de ser el primero en ofrecer, postrado de hinojos ante la magestuosa matrona, sentada á la puerta de «La Torre del Sol», con una espada en la diestra mano y un haz de doradas espigas en la siniestra, símbolo precioso de mi amada madre patria, el homenaje de nuestros filiales respetos y una corona de felicitación, á que es acreedora, por el mérito de sus poetas y hombres ilustres, entretregida con el afecto de todos los Archidoneses que me escuchan, ó lamentar su ausencia, depositándola sobre su venerable frente.

Doy, en nombre de los mismos las más sinceras gracias á todos los Señores Literatos en general por el señalado honor que se sirven dispensarnos, al honrar la memoria de Barahona.

Al esclarecido y laurcado poeta Don Narciso Díaz de Escovar, nuestro paisano, pues vino á este pueblo cuando apenas contaba ocho días de nacido, le diré, que es también orgullo de Archidona, en donde se le admira como escritor y poeta, y se le aprecia como á hermano.

A nuestro dignísimo Presidente, Don Francisco Rodríguez Marín, son tantas las gratitudes y atenciones que á su bondad debemos, y que no expongo por no ofender su modestia, que solo le diré, en resúmen, vista la defensa tan calurosa y los sacrificios que se ha impuesto en pró de las glorias literarias de Archidona y la estimación general que aquí se ha captado, que, creyendo interpretar los de-

seos de mis paisanos, me atrevo á rogar al Ilustre Ayuntamiento, se sirva declararlo hijo adoptivo de la misma.

¡Loor eterno á Luis Barahona de Soto! ¡Gratitud inmensa á los que han venido á rendir culto á su memoria! ¡Gloria imperecedera á Archidona!

Aquí debiera yo concluir, obedeciendo á mis deseos de no molestaros más, á mi cansancio y á los primordiales fines de esta Velada, ya, aunque torpemente, por mí cumplidos. Pero, soy Archidonés de pura raza; y sí, en otro, fuera olvido grave, no asociar á la memoria de Barahona, la de varios eminentes poetas y literatos, cuyas cenizas se hallan asociadas á las de aquél, y que abrieron aquí, sus ojos, á una vida hermosísima para ellos, y gloriosa para su pueblo, sería falta imperdonable en mí, que siento latir, en mis venas, la misma sangre que á ellos alentar.

Día es hoy de conmemorar las letras archidonesas, y es justo evocar un recuerdo, á los que brillantemente las cultivaron, ó que, con generosidad suma, las protegieron.

Hoy es día de fiesta; *toda júbilo es hoy la gran Toledo*, y á nadie podrá extrañar, que nos vistamos de gala, y mostremos á nuestros distinguidos visitantes, nuestras más ricas y preciosas joyas.

Hoy es día, en fin, de honrar á la patria; y ya que no podamos entonar himnos de alegría y de gloria, en honor de la patria grande, de nuestra querida España, que viste de luto, y llora amargamente, sus terribles infortunios y desdichas que somos los archidoneses los primeros en lamentar, séanos lícito reconcentrar por hoy, siquiera, nuestras miradas y afectos en la patria chica, en la reducida tierra en que tuvimos la vida, que guarda nues-

tra progenie, y que, cuando falte aquella, ha de contenernos, probablemente, en sus amorosas entrañas.

Dos personalidades respetabilísimas, cuya fama, acaso, nos traspase los límites de la última casa de este pueblo, brillaron en él, como dos esplendorosas lumbreras, durante el pasado siglo y principios de éste; pero cuyos fulgores aún no se han extinguido, ni se extinguirán, mientras haya en el mismo un solo hogar en pie, ó un ser racional viviente.

Fué una de ellas, sacerdote ejemplar, Cura párroco modelo, cuya vida y extraordinarias virtudes, compendiaron sus feligreses en un tan sencillo como elocuente epitafio, de que todos los hombres sabios ó ignorantes, debiéramos hacernos dignos, y que cubre su humilde fosa, cual es: *«Pasó por el mundo haciendo bien»*. Fundó la iglesia llamada Escuela de Cristo, y un Establecimiento de enseñanza, gratuita, para las niñas, en el que recibieron educación nuestras madres y siguen obteniéndola sus hijas. Se llamó D. José Navarro y Alba.

La otra, fué una ilustre, virtuosísima y aristoerática dama, descendiente de uno de los Caballeros conquistadores de este pueblo y emparentada con varios títulos de Castilla, llamada doña Leonor Félix de Morales y Cárdenas. Su modestia prohibió le erigieran mausoleo; pero en la mente de todos nosotros, constituye éste, el magnífico y renombrado colegio de Archidona á cargo de la venerable, sabia y para mí, queridísima comunidad de PP. Escolapios; y sírvele de epitafio el Divadico texto que mandó fijar de lema para los estudios que se hicieran en dicho colegio, y como escudo heráldico de este, que dice *«Initium sapientiæ timor Domini»*.

A la decidida protección á las letras y munificencia



desplegada por estas dos meritísimas personalidades, debe Archidona gran parte de su progreso material, y todo el intelectual que á muchos de sus hijos ha distinguido. No pocos de los que me escuchan, y el mismo que tiene el honor de dirigiros la palabra, tendrían encallecidas las manos por el azadón, ó herramienta de un oficio de no haber aquellas existido. Nada más natural, pues, y debido, que mostrarles nuestra gratitud eterna.

También España entera es deudora de mucha gloria, al referido centro docente, por los grandes hombres que ha producido, y que han brillado, de notable modo, en las letras, en las armas, en la Magistratura, y en todas las carreras del Estado. El catálogo de ellos, sería interminable, y la preterición de algunos, muy sensible, por lo que dejaré de mencionarlos, fuera de los notab'es literatos, en este pueblo nacidos, de cuya memoria no pueden nuestro afecto y reconocimiento, en esta solemne ocasión, prescindir.

Tales fueron, D. Miguel y D. Emilio Lafuente Alcántara, y D. José Godoy Alcántara, educados, con otros cuatro hermanos ó primos, personajes muy ilustres que honran también mucho á este pueblo, por su saber y relevantes cualidades, al lado de sus tíos D. José y D. Antonio Alcántara Navarro, que resplandecieron de manera extraordinaria en la Iglesia, sobrinos, á su vez, del virtuoso Párroco antedicho.

No me cumple hacer de aquellos las alabanzas, innecesarias, por otra parte, ante el ilustrado concurso á que tengo el honor de dirigirme, compuesto de competentísimos, literatos, que conocen mejor, que yo las magníficas producciones de su ingenio, ó de archidoneses, que las

estudian para aprender mucho de ellas y prodigar sus elogios ó que de continuo oyen estos.

El mérito de sus obras, lo resume el célebre historiador malagueño, mi apreciable condiscípulo Sr. Guillén Robles, al tratar de los escritores de este siglo, en las siguientes palabras: «*El resto de la provincia no ha sido tan fecundo en escritores, como en los tres últimos siglos; pero Archidona ha producido algunos, que valen por todos ellos*»; haciendo después, en la forma más escogida y laudatoria, la crítica de las mismas.

De ellas, fueron las más principales: «La Historia de Granada» por D. Miguel; «Las inscripciones árabes de Granada» por su hermano D. Emilio; «La Historia crítica de los falsos cronicones» y el «Ensayo histórico, etimológico, sobre los apellidos españoles» por D. José Godoy. Todas fueron premiadas por la Real Academia de la Historia; nombrados sus autores individuos de número de ella, y, además, el D. José de la «de la Lengua» y por unanimidad; circunstancias éstas, y galardones, que los encumbren más que todas las palabras destinadas á ensalzarlos.

Lástima grande ha sido que la prematura muerte segase todas esas preclaras inteligencias, cuando comerzaban á producir ópimos frutos; y principalmente la de D. Miguel Lafuente, de quien el citado Sr. Robles, dice que «nunca las letras españolas dejarán de sentir la temprana pérdida de este insigne escritor, llamado á ocupar en la Historia de España, el mismo puesto que ocupara Thierry en la francesa. En efecto; ocurrió aquella á los 33 años de edad y en esa isla ingrata, en el cementerio de la más lozana juventud española, en esa tierra, en fin, maldecida por tanta madre, anegada en llanto, que ha visto sepultar

en ella pedazos de su corazón, y sus más risueñas esperanzas.

Pero... alejando de nuestra mente lúgubres ideas, refresquémosla con el grato recuerdo de otros dos poetas notabilísimos, naturales de Archidona, y coetáneos de Cervantes y de Barahona, cuales fueron, Rodrigo de Miranda y Miguel Cabello de Balboa; descubrimiento fausto que debemos á la infatigable constancia del Sr. Rodríguez Marín, en cuanto al primero, de quien ha encontrado composiciones de excelente mérito y á la del Sr. Díaz de Escovar, respecto al segundo, que murió en el Perú, en donde fué muy admirado por sus obras, que merecieron de una célebre poetisa, señora principal de aquel país, versos bellísimos y muy encomiásticos, que aquel señor me ha entregado, cuya lectura suprimo, por nó abusar más de vuestra indulgencia, en los cuales se expresa *que deben ufanarse no solo Archidona, sino Hesperia (ó sea España) de tener tal hijo.*

Antes de concluir, me habrán de perdonar los que no sean archidoneses, pues los que lo son, seguro estoy me lo han de agradecer, si, en esta gran solemnidad, cito tres nombres de personas respetabilísimas, mejor dicho, idolatradas, por este pueblo, que, si no se dedicaron al cultivo de las bellas letras, sí procuraron el engrandecimiento, ilustración y bienestar del mismo: ó sean, D. José Lafuente Casamayor, el protector, el consejero, en una palabra, el padre de los archidoneses, quienes nunca lo llorarán bastante: D. Antonio González Solcío, militar bizarro que derramó su sangre, en la última guerra civil, Ayudante de S. M. el Rey D. Alfonso XIII; nuestro Diputado á Cortes, (como lo habían sido su tío el Listo iador citado D. Miguel Lafuente; el autor de *Pepita Gimé-*

nez D. Juan Valera, el gran orador y poeta D. Adelardo López de Ayala, y lo es en la actualidad el correcto escritor que se firma *Kasabal*) célebre Gobernador de Barcelona, y sobre todo, amigo, digo poco, cariñosísimo hermano de todos los archidoneses; y, por último, el que veis ahí retratado, el bienhechor, el hijo predilecto de Archidona, D. Carlos Lafuente y Escobar, que dedicó toda su vida á reunir tesoros, para enviarlos al cielo, «*ubi neque aerugo neque tinea demolitur*, envueltos en la gratitud de sus paisanos, á quienes dotó del Templo, en que rebosa la magnificencia, donde, ayer, se celebraron los suntuosos funerales á Barahona de Soto, en las bendiciones de los enfermos á quienes se asiste con sumo esmero por Madres de la Caridad en el Hospital que fundara, y en los consuelos, que, de las mismas, reciben los ancianos y desvalidos de Archidona, en el Asilo que instituyó.

Ya he concluido, señores: pero observó que este mi pobre discurso, como de orador lugareño, por tener todos los defectos, hasta carece de epílogo, y mis condiciones actuales, no son para inventarlo.

A este propósito, recuerdo uno que viene como anillo al dedo, para sacarme del compromiso. Existe en la Biblioteca nacional un Códice ó Tratado, del tiempo de los Reyes Católicos, tan sumamente raro, que ni tiene título, ni se sabe quién fuera su autor, del cual no hay más noticia que la que él mismo da de su persona, diciendo, que es un pobre castellano, con algo de portugués: y cuenta, empleando la forma alegórica, que, hallándose de cacería un Príncipe Real, cansóse de su ejercicio venatorio; y preocupado de hondos pensamientos, se fué á descansar, al lado de una cristalina fuente. A poco, llegó á esta un rústico, con quien entabló aquél conversación, por todo

extremo animada é interesante, sobre materias filosóficas, morales y hasta políticas, lo que constituye el fondo de la obra, de que no hay para qué ocuparnos; cuya conferencia, que el autor figura haber escuchado, fué interrumpida, por la presencia de los cortesanos que iban en busca de su Señor.

Al despedirse éste, dijo al rústico: «*Queda con Dios, que á él plaziendo, alguna vez avrémos más larga habla de aquestas cosas*» contostando el rústico «*A la tu Magestad suplico que, en tanto que essa ora llega, trayas á tu memoria las cosas dichas, é con algún fruto*» añadiendo el autor «*E yo cômence por mi memoria de traer las cosas alli oidas; las cuales, assi, como mejor supe, é pude, las escribí pareciéndome ser de memorarlas obligado.*»

Hago mías todas las palabras referidas. Las del Príncipe, para dirigirlas á la pléyade poética y literaria que me escucha, deseando á Dios plazca, que alguna vez se vuelva á reunir para *haber más larga habla* con los archidoneses, aunque no conmigo, que ya soy viejo, *sobre aquestas cosas* de literatura; bien para coronar á algún poeta archidonés de los presentes, ya laureado, y que á marchas forzadas, se encamina al templo de la gloria, ó bien, para dar á algún Bachiller, hijo de Osuna, pero adoptivo desde hoy, de Archidona, el Grado de la Licenciatura en la carrera de la inmortalidad, que lleva tan adelantada.

Las del rústico, dirijo á la juventud literaria de Archidona, para que, *en tanto que essa ora llega traya á su memoria las cosas aquí dichas*, de sus paisanos ilustres, *é con fruto*, para imitarlos en sus estudios, constancia y virtudes á fin de ocupar en la historia de nuestra hermosa

y querida pátria, el preeminente lugar que aquellos conquistaron, para honra de todos nosotros.

Y también me apropio las palabras de ese desconocido autor, para reproducirlas á mis benévolos convecinos, á quienes, si, mi incompetencia para exponer sus sentimientos y las glorias de nuestro pueblo, no hubiera satisfecho, ruégoles me dispensen por mi ignorancia, mas nó, en verdad, por falta de esfuerzo ni de ardentísimo deseo porque *assi, como mejor pude é supe las expresé*, pareciéndome ser de memorarlas obligado.

Finalmente, hago míos también los versos con que el mismo autor termina su obra, variando, solo lo de castellano y portugueses, con los que á mi querida pátria se refieren.

E si por ventura son,
 En grosero estilo escritas,
 Perdónenme, que es rrazón,
 Pues yó no soy Salomon,
 Nin sus Ciencias infinitas.
 Ni soy Crátipo atenies,
 Nin soy Anfion Tebano,
 Nin Homero, nin Lucano;
 Sino de mi Patria ufano,
 Como buen Archidonic.

He dicho.



Archidona

Anhelante vuelvo á tí,
que el cansado peregrino
halla paz en su camino
al posar su planta aquí.
Recuerdos brotan en mí,
tus vergeles al pisar,
de otro tiempo y de otro hogar
pletóricos de ilusión,
que llenan mi corazón
palpitando en mi cantar.

Madre cariñosa has sido
y como á madre te quiero,
tus glorias amo y venero,
tu desdichas he sentido,

Mi cuna aquí se ha mecido
y en horas, que no olvidé,
mi suerte á tu amor ligué
con dulce y eterno lazo,
encontrando en tu regazo
dicha y calor, vida y fé.

—
¡Sierra altiva que coronas
mi vergel encantador,
aura de dulce rumor
que estrofas de amor entonas,
manso rio que eslabonas
otras distantes regiones,
muros cuyas tradiciones
tesoros son del pasado,
recibid al desterrado
que os dedica sus canciones!

—
Doquier nace la memoria
de aquel delicioso ayer,
que en tu cielo ví nacer
entre fulgores de gloria.
Dicha que juzgué ilusoria,
aquí eterna percibí,
pues solo bienes senti
mientras gozaba en tu suelo,
bajo eso girón de cielo
que escogió Dios para tí.

—
¡Dulce hogar, hogar bendito,
alienta una y otra vez
el sueño de mi uñez
que en el alma quedó escrito!

Amor aquel infinito,
que de mi madre al surgir,
me animó en el porvenir
y en mi corazón crecía,
cuando mi labio aprendía
á rezar y á bendecir.

—
¡Si miras mi corazón,
santa madre idolatrada,
esta memoria sagrada
torna en bendita oración!
Nace en el pobre rincón
donde á quererte he aprendido,
en el suelo en que has nacido,
donde tu amor he gozado,
tus lágrimas enjugado
y tus besos recibido.

—
No hay un eden en la tierra
como este eden de ventura,
el sol más y más fulgura,
más flores el prado encierra
y coronando esa sierra,
paloma que el vuelo leve
detuvo en espacio breve,
está mi hermosa patrona,
velando por Archidona
sobre su tono de nieve.

—
¡Oh, Virgen de Gracia llena,
tú del triste peregrino
vías alumbrando el camino
y desterrando la pena.



Tu nombre siempre resuena
como esperanza de amores,
cielo de vivos colores,
consuelo de los pesares,
faro de revueltos mares
y hermosa flor entre flores.

Cuando de la muerte impía
reciba el ósculo frío
y sienta que el pecho mío
se estremece en su agonía,
protégeme, Virgen mía,
bajo tu manto amoroso
y halle mi cuerpo reposo
entre flores de tu suelo,
bajo el dosel de ese cielo
siempre azul y siempre hermoso

Si de tí lejos viví
no por eso te olvidé,
que llevo entera la fé
que en dulces años sentí.
Mi corazón para tí
guarda pasión infinita
y hoy, entusiasta, palpita,
que el poeta no olvidó
ni la tierra que adoró,
ni la Virgen de su Ermita.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR,



Cuatro palabras

Sobrado atrevimiento es, señoras y señores, dirigir la palabra á este brillante concurso, para decir algo y malo, habiendo escuchado tanto bueno.

Recogiera mi espíritu en profunda meditación, no acabado de admirar este alarde de elocuencia y caminara, sin duda, con muy seguro paso, llevado del acierto; mas fuerza es, en estos instantes, traer á los labios las intimidades del alma y ya que, con harto pesar mío, no pueda ofreceros la deleitosa fragancia de los mirtos de Helicon, flote, al menos, en este desbordamiento de inartística y sentida prosa, el bajel de mi entusiasmo.

Devotos del mismo culto, congréganos hoy el fervor de una misma remembranza, y todos venimos á *sacrificar, aunque en distintos altares, con igual fé*; quiero decir, todos venimos á remover las cenizas del gran Barahona para venerarlas; todos venimos con nuestro homenaje en su póstuma glorificación.

Hombre ilustre, á un tiempo militante en las legiones de Apolo y de Esculapio, siempre invicto y maravilloso domador de las rebeldías del lenguaje, como afortunado combatiente de los achaques de la materia, su nombre, digno del siglo en que viviera, el siglo en que se asienta la nacionalidad española con los esplendores de su grandeza, el siglo en que se conmueve y se rinde la decadente literatura, cediendo el paso á las bellezas del Renacimiento, la edad de oro de las letras pátrias, el siglo de las exceltiludes de la lírica con Boscan y Garcí-Lasso; de la prosa didáctica con Palacios Rubios y Fray Antonio de Guevara; de la historia con Florian de Ocampo; de la novela con Hurtado de Mendoza; de la poesía mística con el gran Fray Luis de León; el siglo de los Rioja, de los Herrera, de los Argensola, de tantos otros ingénios .. su nombre; digo, fué legado á los tiempos con la santidad de la muerte—que la muerte lleva en sí una santidad—como veneranda reliquia, entre los crespones de su eternal grandeza.

Y, ¿qué respetos pueden brotar de mi pluma, dignos de su memoria? ¿Qué decir de este hombre insigne que no hayais dicho vosotros, con incomparable brillantéz? ¿Qué de su lira, de cuerdas de oro, enmudecida tres siglos há? ¿Qué de su briosa inventiva, con todo su séquito de acendrado buen gusto y primorosa elegancia de dición? ¿Qué de las inspiraciones de su génio, joyas inapreciables que aderezan el *asiento de su inmortalidad*...? Porque el poeta, he dicho mal, señores, el poeta no ha muerto: cada obra suya, es fé de su existencia; el poeta vive en nuestra historia; el poeta vive en nuestra literatura; el poeta vive en nuestro corazón; el poeta, en una palabra, vive

con nosotros y perdura á través de los siglos como el eco de su inmarcesible gloria...

¡Oh insigne Soto! No es la evocación de tu nombre la evocación de una sombra, y hoy te apareces á manera de palpitante recuerdo en nuestra alma, entre las magestades de lo inmortal...!

Ni he de caer en intención tan pecadora con los atrevimientos del propósito ni con los desaliños de la pluma, pretendiendo siquiera fuese modestísimo esbozo de las ideas apuntadas, de otra parte realizado ya por modo inimitable. Tocara en los linderos de la profanación más que en los de la reverencia, con la insensata labor de innecesaria glosa á lo con tanta fortuna pensado y tan gallardamente escrito acerca del poeta.

Y al mentar al poeta lucentino, fuera olvido imperdonable no dejar consignada una memoria á otros inclitos varones, honra de las letras, que esta villa vió nacer: don Emilio y D. Miguel Lafuente Alcántara y D. José Godoy Alcántara. *Individuos*, como Barahona, *de la ilustre familia del génio*, cúpoles en suerte la inmensa dicha de rodear su fama con irradiaciones de luz eterna; ostentando este pueblo, como preclaros timbres de su historia, haber sido cuna de tan grandes eminencias del saber humano.

Y consagrado el recuerdo á los que fueron, he de tornar la mirada á los que son. Exigencia del merecimiento, es dedicar las primicias del saludo á quien todo se debe: al bello sexo, á estas distinguidas damas, celestes apariciones que prestan al acto deslumbradora brillantez con su espléndida hermosura.

Dirijese muy luego á tan esclarecidos representantes de las letras, que tienen la dignación de visitarnos, sin-

gular merced que dejará grabado en nuestra alma, con caracteres indelebles, el eterno agradecimiento.

Séame permitido, señores, con protesta de no dar asomo á la descortesía, que inscriba primeramente el nombre de D. Francisco Rodriguez Marin, unido á Archidona en espiritual parentesco por las letras, no á título de señalada mención, que la justicia de lo merecido reclama de todos y cada uno de tan ilustres huéspedes, sino como iniciador de este pensamiento, verbo que le dió la forma, alma que le dió la vida, y con esta forma y con esta vida, animada encarnación de la idea.

Pretender indicar algo del meritisimo trabajo de este literato insigne, es alta empresa no reservada á mi pluma, y cuenta es que no la mueven á este juicio las inspiraciones del afecto; que bien puedo afirmar que no cabe lo sentido en la extensión de lo callado.

Con respuesta al llamamiento de sus devociones, emprende con ejemplar laboriosidad, tan solo comparable á su talento portentoso, la exhumación de tanta gloria, enterrada por la incuria de los hombres y los rigores de los tiempos. Va del archivo á la biblioteca, del corroído manuscrito al polvoriento legajo, y con la fé del entusiasta y el acicate del deseo, toma pié en la movediza playa de incorroborada noticia y lánzase, audaz, en la nave de su propio mérito al escolloso piélago de la investigación, explora latitudes ignotas, toca en desoladas ruinas paleográficas y, fija la brújula de su poderosa inteligencia en las polares de su vasta erudición, surca el brumoso silencio de tres siglos y dá á la postre con todo el continente de una historia. . historia que condensa en brillantes páginas, confirmadoras de su renombre.

Ved, pues, con qué justificación he traído á esto

término al inspirado poeta del Betis. Con él va mi saludo, y por igual se dirige al cien veces laureado vate malagueño, al eximio escritor de la buena escuela realista, al docto literato de Estepa, al eruditísimo Sr. Torre Salvador, y á periodistas tan selectos como los señores Bruna y Díaz de Escovar.

Y puesto ya en camino del agradecimiento, no ha de caer en olvido nuestra Escuela Pía, respondiendo ahora como en tantas ocasiones, el proverbial saber de los hijos de Calasanz, á la tradición de su instituto, ni el Concejo de la Villa, sin cuyo eficaz apoyo, muerta en flor hubiera sido esta fiesta de la cultura, digna de ser señalada por la posteridad como interesante efeméride.

¡Dichosos los pueblos que se enaltecen, glorificando la memoria de los hombres ilustres!

¡Oh excelso Barahona! La sima que abrió el dolor de tu muerte no será llena con los laureles de cien generaciones. Por eterna memoria irán en tu compañía «Las lágrimas de Angélica». —He terminado.

Emilio Pérez Melgar.



Un robo

Nada pensaba decir;
pero instado por amigos
con los cuales no es posible
evitar un compromiso,
entre festejo y festejo
estos renglones escribo
dándome para ellos tema,
Díaz de Escovar (Narciso);
y es hablar de la mujer,
tema que acojo propicio,
y, aunque de suyo muy lato,
procuraré ser conciso.

¡La mujer! ¡Nada más bello!
Yo perdono sus caprichos.
Lleve el vestido á manera
de Montgolfier, ó escurrido
hasta modelar las formas
de la cadera al tobillo;
lleve las mangas tan huecas
como discurso político;
ó es rechas como canutos;
lleve en la frente flequillos,
la raya en medio, ó al lado,
ó detrás, ó en ningún sitio;
lleve gigante sombrero,
ya como feudal castillo,
ya como huerto ambulante,
ya como conjunto arístico
de bien combinadas cintas,
y aves de color distinto;
lleve la cintura amplia
ó llévela como un hilo,
siempre será, para el hombre,
el más hermoso atractivo,
que Dios al hacerla hermosa,
bien supo lo que se hizo.
La muger, en todo caso,
tiene un poder excesivo,
pues domestica al furioso,
haciendo osado, al más tímido;
con redes de amor envuelve
al que se juzga más listo;
con una dulce palabra
salva un amargo conflicto,

y es, en muchas ocasiones,
de nuestras penas, alivio.
Prueba de todo, teneis
sin salir de este recinto.
En Archidona, dijéronme,
hace extraordinario frío.
Yo creo que eso lo dicen
aquello que no os han visto;
pues soles son vuestros ojos
á cuyo calor purísimo,
hasta un corazón de nieve
se derrite sin sentirlo.
Si fama teneis de hermosas,
esa fama no ha mentido;
porque la palabra «fea»,
aquí borrarla es preciso.
En Archidona, peligra
el soltero empedernido
siempre en la suposición
de que el casarse es peligro;
y de su esposa se olvida
el forastero marido.
Con flores como vosotras,
de encantos tan expresivos,
esta población, no es pueblo
ni villa; es un paraíso.
¿Que hay serpientes? No lo dudo.
Pero lo serán, de fijo,
por una parte, la envidia;
por otra, celos justísimos.
En dos dias, solamente,
tan bellas caras he visto;

que para seguir las viendo,
quisiera vivir dos siglos.
Al insigne Barahona,
poeta de vuelo altísimo,
se dedica esta velada.
Y á renacer, os afirmo
que moriría de nuevo
viendo vuestros ojos fijos
en él; que si el dolor mata,
el placer mata lo mismo.

Y aquí, damas y señores,
mi grata misión termino,
llevándome de Archidona
como recuerdo el más vivo,
vuestra impresión en mi alma,
vuestro rostro en mis sentidos.
Y..... perdonadme, señoras,
el *robo* que he cometido.

José Carlos Bruna.



Visión ⁽¹⁾

¡Escucho admirado

Y no sé qué siento....!

Zumbido del viento

Parece ha de ser.

Mas..... es prolongado

Allá en lontananza...

Parece de danza,

Y alegre placer....!

¡Prosigue.... se acerca!

De voces humanas

Y no muy cercanas

Percibo el clamor.

¿Qué entiendo?... Y en verso

Parece que cantan... ..

Sé vé que adelantan.....

¡Oh Dios qué pavor!

(1) El célebre músico y compositor D. Ramón Noguera acompañó con el piano el recitado de esta composición.

Ejército viene
¡Brillante, grandioso!
Y cuán melodioso
Su dulce cantar.
Prosiguen... y llegan...
Y sigue cantando.
¡A ver...? alabando;
¡Sin duda... alabar!

«Luis Barahona»
Parece que entiendo.
«Laureles trayendo»
«De gloria inmortal.»
Alaban; bendicen
De Soto el renombre...
Aqueste es el nombre
Si no entiendo mal.

¡Oid el concento
De tal melodía!
¡Oh dulce armonía!
¡Cuán grato cantar!
Seguid... ¡oh se acerean!
Distingo á Terencio,
Virgilio y Prudencio
La lira afinar.

De Píndaró veo
También la figura;
Del Taso; y oscura
Diviso la faz

De Milton y Plauto,
 Homero y Lucano
 Trayendo en su mano.....
 ¡Son signos de paz!

Y traen bellas liras,
 Y plectros dorados,
 Laureles ganados,
 Coronas sin fin;
 Ardor, entusiasmo,
 Y grande alegría
 Al son y armonía
 Del dulce clarín.

Triunfante en el centro,
 Gallarda, grandiosa,
 Simpática, hermosa
 Figura se vé;
 Sus ojos brillantes,
 Su frente serena,
 Su tez es morena,
 Su insignia la fé.

Apoya en Cervántes
 Su mano siniestra,
 Y á Lope la diestra
 Extiende á la vez.
 De grande cortejo
 Se ven rodeados,
 De cien laureados
 Del mismo jaez.

Martinez, Reinoso,
Alcázar, y Ercilla,
León y Zorrilla
Distínguense bien.
Alberto de Lista,
Quintana y Arjona
Al gran Barahona
Cortejan también.

Balbuena, Argensola,
Moreto, Espronceda,
Meléndez y Hojeda,
San Juan de la Cruz.
Quevedo, Espinosa,
Solís, Jovellanos,
Que traen en las manos
Antorchas de luz.

Y siguen... Herrera,
Rioja, Gallego,
Que llevan el fuego
De la inspiración;
Y Pérez de Hila
Con estro dorado,
Y el gran laureado
Feliz Alarcón

Y todos cantando
Su marcha prosiguen...
Y á Zárate siguen
El gran Moratin,

Y Gongóra y Polo,
 Con mil del Parnaso,
 Y todos el paso
 Detienen al fin...

Bella mansión! Magnífica morada!...

Paredes de marfil; torres erguidas
 A orillas del Genil, sobre cascada,
 Parecen de las nubes súspendidas.

De jaspe sus columnas; galerías
 Cuajadas de coronas; gabinetes
 Do moran los poetas que en sus días
 Supieron merecer cien ramilletes.

Magnífico pensil, donde las flores
 Perfuman el ambiente, lo circunda;
 Llenando sus recintos los olores
 Del néctar que engendró la luz fecunda.

Morada es de las Musas, do halagüeñas
 Escuchan de las Ninfas los cantares;
 Del genio y la poesía siempre dueñas,
 Del bello y gran alcázar tutelares.

En medio del Alcázar; donde mora
 El genio del amor, de oro cubierto
 Soberbio trono está; de luz te dora
 El Sol al levantarse del desierto.

Del pórtico á la entrada, se divisan
 Las Musas, con Caribdis y Cibeles,

Cuyas plantas, de nacar bella, pisan
En guirnaldas de rosas y laureales.

Coronas en sus blancas manos tienen,
Y hácia el grupo poético dirigen
Sus miradas de amor, y los que vienen
De todas las más bellas una eligen;



Y entre cantos de célica armonía,
La comparsa poética penetra
En el patio del trono, y á porfía
Acomodan sus lirás á la letra.

Con los Estros y Liras sus canciones
Entonando; de Luís de Barahona,
Entre ¡vivas! y mil aclamaciones,
Colocan en las sienés la corona...

Los estros, las lirás
Cantando victoria,
Un himno de gloria
Entonan al par.
Al gran Barahona
De gloria han eolmado,
Y ya coronado
Le van á adorar.

Y yo, que entusiasta,
Soñar parecía.....
Le adoro este día
De gloria inmortal.
Su imagen he visto
En sueño dorado;
¡Cuán poco ha durado...
¡Oh Parca fatal!

P. Lope Piñar.



El arte de la Edad Media

SEÑORAS, SEÑORES:

En la Edad Media, en aquellos romancescos tiempos de combates y de amores, de valor y de galantería en que la musa poética limitábase á celebrar el sentimiento religioso y el sentimiento patriótico, las hazañas de los héroes y los milagros de los santos, el arte supliendo la pobreza y rusticidad del idioma, que balbuciente é inseguro no alcanzaba á expresar toda la sublimidad de la fé ni todo el entusiasmo del patriotismo, erigese en fiel intérprete del espíritu público y como dice Villemain, *construye ideas con el mármol y forma poemas épicos con Catedrales.*» Comparad nuestros primeros monumentos literarios con las grandes construcciones religiosas de aquel tiempo; los poemas de Mio Cid y de Fernán González con las catedrales de Salamanca y Santiago erigidas bajo la influencia bizantina, ó con las de León y Burgos maravillosos dechados del estilo gótico.

La misteriosa impersonalidad que caracteriza aquellas grandes construcciones, hace que á semejanza de la poesía épica, se ofrezcan á nuestra vista, como obras gigantescas de una edad, no como el resultado de la inspiración de un artista. Los nombres de Iklino y Caricates irán eternamente unidos al recuerdo del Partenón y el de Mnesiclés al de los Propileos. Preguntad por los genios á cuya voz surgieron nuestras grandiosas Catedrales, y á lo sumo os mostrarán en algún libro de cuentas ó de contratos, ó en la gastada lápida de un sepulcro, escondido en el rincón de oscura capilla el nombre de tal cual maestro ó de tal cual alarife, cuya historia nos es enteramente desconocida. La Catedral solo nos habla de Dios, en cuyo honor la fé de un pueblo, no solo ha trasladado las montañas, sino que ha logrado transformarlas en verdaderas maravillas. Los nombres de aquellas legiones de artistas cedieron su lugar á los de las vírgenes y santos que pueblan las anchurosas naves y su gloria se obscureció ante la gloria del Altísimo, que parece irradiar del áureo tabernáculo.

Centro de atracción y de vida la Catedral, en la Edad Media, absorbe cuanto se le acerca; á su sombra se cobijan las ciencias y las letras y sobre sus altares depositan á porfía todas las bellas artes sus más geniales y hermosas creaciones. La escultura enriquece pórticos y retablos con venerandas imágenes; talla magníficas sillerías, donde lo sagrado de la inspiración se armoniza y compadece con los atrevimientos del capricho y modela sobre el polvo de los sepulcros severas estatuas, que fingen orar de hinos en actitud suplicante ó yacen tendidas simulando el sueño de la muerte; la pintura no contenta con animar muros y bóvedas con sorprendentes concepciones, traza

bíblicas escenas en los vidrios de las altas ventanas, convirtiéndolas en mosaícos transparentes ó en brillantes esmaltes que modifican de mil maneras la luz, realizando verdaderos milagros de óptica: la orfebrería despliega todas sus galas en riquísimas custodias de minuciosa labor y primorosa delicadeza, de muchas de las cuales puede afirmarse lo que *Chateaubriand* decía de la maravillosa de Córdoba, «*que parecen concebidas en un sueño y ejecutadas en un soplo*»; la poesía compone himnos, elegias y plegarias, que el coro interpreta ya en solemne y magestuosa, ya en alegre y regocijada salmodia, y la música busca en la variedad de tonos, de ritmos y de cadencias, la exposición de todas las expansiones de la fé y de todas las delicadezas del sentimiento, llenando las amplias naves de mística armonía, que ora semeja viento de tempestad al espaciarse resonante por las altas bóvedas, ora desciende en notas dulces y apagadas sobre el corazón del creyente, como lluvia de benéfico rocío.

Hasta las artes más humildes y mecánicas hallaron allí protección y abrigo, en aquellos tiempos de incesante batallar y de confusión horrible en que la independencia feudal, la emancipación de los pueblos y el sentimiento religioso harían surgir una nueva sociedad sobre las ruinas de la antigua.

Pero nótese que ninguna de estas artes goza á la sazón de valor y vida propios, sino que todas ellas son como accesorias de la arquitectura, arte superior dentro del cual tienen su razón estética y al cual se someten y subordinan, formando un conjunto armónico que se llama Catedral. Al romperse la unidad espiritual, el genio individual se sobrepone al colectivo y el arte anónimo y eminentemente sintético con que todo un pueblo expresaba su ma-

nera de ver y sentir la belleza, cede en importancia ante el florecimiento cada día mayor de las demás bellas artes; que rotas las cadenas que las sujetaban á la grandiosa unidad del templo, buscan libremente variadas maneras de desenvolvimiento y vida. El viento de renovación que sopla de Italia, penetra por las rasgadas ventanas de las góticas Catedrales, llevando al interior del santuario nuevos gérmenes de interpretación artística y la idea cristiana encarnada en la forma clásica luce sus nuevas galas por los inmensos espacios del arte, no de otro modo al sople vivificador de la Primavera, las avecillas dejan sus nidos, para saltar de rama en rama, ostentando los matices de sus plumas y poblar los aires con sus gorjeos.

Pero, ah, Señores, mientras en Italia, el arte se afana en amalgamar el paganismo con el cristianismo, en España todas las artes buscan la más adecuada y brillante expresión del sentimiento religioso; no copian, sino crean.

El divino Rafael escribía *«como no tengo delante de mi vista modelo que me satisfaga, me sirvo de cierto ideal de belleza, que encuentro en mi alma»*, y sin embargo comparad sus vírgenes con las de nuestro Murillo. Las vírgenes de Rafael son encarnaciones del ideal que no traspasa los límites de la realidad sublime; las de Murillo aparecen adornadas de las dotes gloriosas; las unas son producto de la inspiración y las otras del éxtasis; en aquellas resplandece la maternidad, en estas la pureza; sobre la frente de unas brilla la virtud sobre la de las otras la inocencia; las unas moran en la tierra, las otras no se sabe si suben ó bajan del cielo; las de Rafael viven en el tiempo, destacándose como tipos de perfección en el inmenso azul del cielo italiano, las de Murillo, aéreas, ideales, purísimas, independientes del tiempo y

del espacio, flotan como apariciones celestiales en la vaguedad del infinito. Vedlas, vedlas con su blanca túnica y su manto azul etéreo, alzándose entre celestiales resplandores, juntas las manos, suelto el cabello, rodeadas de transparentes nubecillas pobladas de ángeles y serafines, que se agrupan á sus plantas, sirviéndoles de peana. Esa es la Virgen de Nazaret. No las compareis, no, con las Venus y Junos, Niobés y Dianas, animadas por el inspirado cincel griego, porque en tan admirables dechados de perfección y hermosura, nótase cierto ambiente de sensualidad, que, cual sutilísima gasa las envuelve y al contemplar, su magestuosa y púdica belleza, no tenemos por imposible que el fuego de la pasión se encienda y cebe en sus miembros de improviso.

Imposible parece que de tan resplandecientes y gloriosas alturas se hayaprecipitado el arte español en las monstruosidades y deliriosdel estilo borrominesco. En aquel desdichado período de postración y desmedro, en que gozaron del mayor crédito y fama, dogmatizadores literarios como Gracian y Espinosa Medrano, la hinchazón, el conceptismo y el retruécano pasaron de las poesías de Góngora y Quevedo á las pinturas de Jordan, á las estátuos y relieves de los sucesores de Hernández y á las obras arquitectónicas de Donoso, Tomé y Churriguera. A tamaños dilates, extravíos y atrevimientos empujó la corriente social, á los más esclarecidos ingenios de aquella centuria.

Considerad, Señores, qué sucedería si el procaz naturalismo, que hoy aspira á enseñorearse de las letras, llegase á inficionar con su inmundo hábito los sublimes espacios del templo del arte; por eso es necesario recordar que el arte fundado en el sentimiento purísimo de la belleza, tiene más altos, más soberanos destino. y para cum-

plirlos es preciso que se remonte en alas del ideal, es preciso que sea creyente.

Plegue á Dios llegue pronto el fausto día en que todos los artistas, alzando su vista al cielo, huyan de todo realismo que no sea el sano y castizamente español, tan distante de la graciosa voluptuosidad de la escuela italiana, como de la excesiva realidad de la flamenca. El arte es la idea y la forma compenetrándose de la más perfecta y armónica manera, la materia transfigurada por el ideal y el ideal brillando á través de la materia.

Y no, no serán artistas aquellos cuyas frentes no sean iluminadas por el resplandor del rostro de Dios; mientras no sorprendan lo infinito y lo invisible velado bajo formas visibles y finitas; mientras no vislumbren lo que hay de realmente divino en la naturaleza, en el hombre y en la historia, mientras al coger el compás, el pincel ó el escople no se hallen dispuestos á exclamar como el inmortal Hayden «*In nomine Domini*» y al terminar sus obras no digan como él ya que no con los labios, al menos con el corazón «*Laus Deo.*»

He terminado.

P. Vicente Gaitán.



Al autor de "Las lágrimas de Angélica,"

Atraído por la fama
que aquí la gloria proclama
del inmortal Barahona,
llego, á dejar una rama
de laurel en su corona.

No dispongo de otro don;
en mi indocta condición,
ofrecerle no podría
galas de la fantasía,
ni rasgos de erudición;

Pero me basta saber
que cantó, en libro famoso,
lo que siempre habrá de ser
más tierno, puro y hermoso;
el llanto de una mujer.

Eugenio Lafuente.



Discurso del señor Don Joaquin Diaz de Escovar

Todo el que habla en público suele predisponer benévolutamente á su auditorio solicitando su indulgencia; y esto que para la generalidad es pura figura retórica, e nviértese para mí, en imprescindible necesidad al verme obligado á molestar vuestra cariñosa atención, siquiera sea por algunos momentos.

Yo venia dispuesto, al concurrir á este acto, á seguir aquel prudente consejo que dice *que al buen callar llaman Sancho*, entendiendo que mi misión en este sitio no podía ser otra que la de ver, oír y aplaudir; pero los organizadores de esta fiesta literaria no lo han querido así, y como para mí vuestras indicaciones son ineludibles mandatos, no he podido menos que obedecer, y solo aspiro á que sirva de medida á lo grande de mi osadía, vuestra inmensa bondad al resignaros á escucharme.

Pero aquí empiezan mis mayores trabajos. ¿Qué he de

deciros? ¿Qué autoridad tengo yo, pobre de mí, para poder añadir una sola hoja á los laureles que orlan el nombre del Licenciado Luis Barahona de Soto? ¿No sería esto desusado atrevimiento por mi parte después de los elogios que al ilustre cantor de *Angélica* dedica el más grande de los escritores de nuestro siglo de oro, el príncipe de los ingenios Miguel Cervántes Saavedra?

¿Qué pudiera yo citaros que fuera nuevo é [interesante en la vida del vate en cuyo honor aquí nos congregamos, después de sernos ya conocida la obra del erudito crítico Sr. Rodríguez Marín, obra á la que basta para recomendarse por sí misma el solo nombre de su autor, y la que ha merecido la más alta distinción que podía otorgarle la más conspicua corporación literaria de España?

No tengo que esforzarme más para que convengais conmigo en que este es asunto en que me está vedado el entrar.

Yo quisiera al menos ser poeta para que, ya que otra cosa no me sea dada, poder siquiera referiros las hermosas tradiciones en que la fantasía popular mezcla las leyendas y consejos con la verdad histórica y adultera las heroicas hazañas de sus habitantes, todas ellas llenas de encanto y de poesía.

Yo quisiera también poder cantaros la pintoresca situación de esta villa, aprisionada entre las grandiosas ruinas de su antiguo Alcázar y colocada, como por encanto, entre insondables precipicios á que parece dar mayor realce la ancha vega que á sus pies florece arrullada por los murmullos del Guadalhorce.

Y en medio de este hermoso paisaje, como si aquí lo más pintoresco no fuese lo más grande, surge de las elevadas crestas que coronan el pueblo y de sus abismos

que espantan, entre las ruinas de su vetusto Castillo, blanca casita que, sin que sepamos esplicarnos el porqué, atrae, instintivamente las miradas de los que la contemplan.

Y si alguno os preguntase, qué cosa es; podeis contestar:

—Es la historia de Archidona.

Con los restos de un templo, en donde un día se ofrecieron sacrificios ante las aras de Venus y de Marte, los sectarios del falso profeta levantaron una mezquita, para dirigir á Alá sus plegarias y zalemas.

Mas como si en todo esto hubiera habido algo de providencial hubieron de transformarse un día el templo pagano y la aljama mahometana en santuario cristiano, convirtiéndola abrupta sierra y la lozana vega en trono del más bello simulacro de la madre de Dios, bajo la advocación de la *Virgen de Gracia*.

Y desde el día en que los caballeros de Calatrava tremolaron sus pendones sobre las torres de sus muralias, la Virgen de Gracia fué el auxilio y el consuelo de los Archidoneses en sus necesidades y en sus tributaciones, y ante ella rindieron sus corazones y á ella consagraron su amor.

Desde entonces, si Archidona había sido fuerte por lo inexpugnable de su situación, lo fué mucho más por la fé de sus habitantes.

Pero después de bosquejaros en formas tan rudas, tan interesante asunto, no tanto como lo veo á la luz de mis ojos, sino como lo siente mi alma, también comprendereis conmigo, cuánto he de lamentar no poder pintaros cuadro tan hermoso, con tan pobre pluma.

Réstame solo el tercer punto en que podría ocuparme;

de las mujeres de Archidona; pero, ¿qué decir puedo que no sea repetir hasta la saciedad lo que de todos es sabido? ¿Cómo aportar yo una nota nueva, á tanto y tanto como en su loor se ha dicho?

Ojos de fuego que contrastan con la nieve de su sierra
lábios encendidos como la rosa de los valles, cinturas cim-
bradoras cual la oriental palmera, tez aterciopelada y de
suaves tonos, como la Virgencita de su ermita, forman el
hermoso tipo de la mujer Archidonesa, que aún recuerda
aquella raza de Jarifas y Tagzonas, orgullo y gala de la
región Andaluza.

Mi admiración para ella y mi saludo entusiasta para
este pueblo, cuyo nombre no es posible borrar de corazones
entusiastas que aman lo bello y por lo bello sienten.
Hé dicho.



NOX.

ODE.

ECCE RECESSU SOLIS OPACAS INDUIT UMBRAS
ORBIS, NEC BULCIS GARRULUS ECCE PATET.

¡Quo fugi pacto celer; euge, titan!
Gurgitis forsan nigra damna sentit,
Atque suffusus lateat pudore
Nubibus altis.

Fulgoris splendor rutilans et almus
Ecce paulatim moritur perennis
Ac nitor fulgens ferit alta montis
Culmina lente.

Pallidas orbi jaculat rosasque
Fronda formosa radiante gemmis,
Noctis, ¡at! vultum rapiunt opacae
Segniter umbrae,

Insimul jamjam tenebrae caosque
 Angulis terrae dominant profundis;
 Cernitur longe memoris nigredo
 Densa patentis.

Prata marcescunt, neque pulchra cingunt
 Luteum tantum reteggit ligustrum;
 Fimbriis claudunt calices venustos
 Bombyce flores.

Garrulos condunt volucres canoros,
 Jam vale tristes modulant supremum
 Atque dilectas caveas ad omnes
 Nocte recedunt.

¡Euge, quam dulces iniunt sopores!
 Unus aut alter placidis vaporat
 Debilem rostro resupinus umbris
 Ecce susurrum.

Frondebis quereus tenui venustis
 Avium sopit zephiro repulsa
 Sensus, ac dulce, tenerumque somnum
 Suadet inire.

Noctuae linquunt cava rupis ima,
 Cucubant vastis spatiiisque lactae,
 Rivus ac herba defluit virenti
 Murmure gra'lo.

Insimul raucae resonant acuto
 Frondeâ sylvâ sonitu cicadae;
 Gryllus argute canit et nitenti
 Gramine campi.

Nullus ac levis crepitus fragorque
Quippe jucundos thalamos abrumpit,
Dormiunt densis placide perennes
Namque rubetis.

¡Abditae terris volucres canorae
Melleum somnum celeres inite!
Mox pater magnus rutilans adebit
Luminis albi.

P. Antonio Aivar Gómez.



Algo tiene el agua.....

¿Quién fué Barahona?

Así dicen muchas gentes, felices en poderlo preguntar:
¿quién fué Barahona?

Empezaré por confesar que lo ignoro. Para mí, como para muchos de los que me oyen, era todavía hasta hace un rato, un ilustre... desconocido.

Barahona fué poeta; Barahona fué médico;—¡médico en aquellos felices días en que no sabían matar á las gentes sinó por procedimientos empíricos!—Barahona fué prestamista... Pero Barahona prestamista, médico y poeta; Barahona plagiario de los poetas latinos; traductor ó *tradittor*, que diría el amigo Bruna, de los poetas italianos; Barahona viviendo obscurecido, en una humildísima casa con honores de pocilga, ó en una pocilga con honores de casa, en esta hermosísima población: Barahona con todos los defectos que le ha encontrado la rebusca, y con ninguna de sus virtudes puesto que todas las ha borrado la

despiadada mano del tiempo; Barahona sin ninguno de sus méritos; sin que Cervántes — y aquí habría, señores, que descubrirse, de no estarlo ya por respeto á los soles que en gloria convierten este cachito de cielo andaluz, sin que Cervántes, repito, le hubiese llamado *el divino*, tendría siempre un mérito real, positivo indiscutible el de haber congregado á tantos hombres de entendimiento, y, sobre todo, á tantas mujeres hermosas, para que todos, por incrédulos que sean, tengan derecho á esperar su cachito de gloria, su pedacito de premio gordo en la lotería de navidad de la otra vida.

¿Es poco eso por ventura?

Que alee el dedo quien así lo imagine. Barahona sirve para que en su ilustre biógrafo se fije la Real Academia Española; para que, merced á ésto, aquí, en uno de los más hermosos rincones de la tierra de María Santísima, se reúna algo que, en el comercio de las gentes que de comerciar viven, sería imposible reunir, aún juntando los esfuerzos de las dos grandes palancas de nuestros días: la inteligencia y el dinero.

Aquí, en este olvidado paraiso, encuéntranse hoy artistas é historiadores como Don Antonio Aguilar y don Joaquin Diaz; novelista como D. Arturo Reyos; polígrafos, *pan omnibus*, que así, *ad recalcaudum*, pleonásticamente, hay que decirlo, como D. Narciso Diaz Escovar; periodistas como D. J. Carlos Bruna, cartidos en todos los combates de la inteligencia y con la eterna sonrisa del héroe en los lábios; eruditos, inspirados y galantes hombres de ciencia, como... como casi todos los hijos de este país de bendición, á los cuales no cito expresamente por no encontrar elogio adecuado para cada uno, con ser tan pródigo en frases encomiásticas nuestro maravilloso

idioma; copleros como el que os molesta ahora con su prosa indigesta, por no incurrir en culpas involuntarias dignas del ostracismo, según la justicia; pero más bien hijas de la inflexibilidad de la métrica que de la condición sencilla del autor.

¿Y que prueba todo eso?

Prueba que *el divino* Barahona prestaba tres maravillas con hipoteca; que le deja á uno de sus herederos una orza de miel para que se chupe el dedo en sus ratos de ocio; pero que, apesar de todo ello y aunque resultara que ni siquiera vivió en la casa en que hoy se ha colocado la piedra conmemorativa de su paso por este oasis encantador, Barahona era un hombre, y no andamos de ellos tan sobrados en estos días de angustias que debamos recatearle unos céntimos de gloria, por exigencias de una crítica superficial y eunuca.

¡Loor, pues, á Barahona!

Y más que á Barahona á las *divinas*—y aquí sí que soy más justo que Cervántes adjetivando—archídonesas, Tifis de la Georjía en que se crían las más hermosas mujeres del mundo, según el indiscutible testimonio de Lord Byron y otros *gourmets* de la estética, Tifis de Andalucía, el país más rico en mujeres hermosas, de este planeta y de cuantos planetas con mujeres haya podido crear la omnipotencia divina.

J. A. de Torre.



Discurso pronunciado por Don Juan García Sánchez,
en la Velada Literaria
que se celebró en los Salones del Ayuntamiento
de Archidona, en honor del poeta
LUIS BARAHONA DE SOTO
la noche del 11 de Diciembre de 1898.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Después de las gallardas muestras de poesía y elocuencia que acabamos de oír, es para mí árduo, arriesgado y temerario empeño, el de dirigiros la palabra; pero en esta noche, que ha de quedar, sin duda, grabada con caracteres imborrables en los anales de Archidona, porque venimos á rendir el justo tributo de nuestra admiración á la memoria de un muerto ilustre no puedo contravenir al vehemente deseo, que como obligación sagrada se me re-

presenta, de depositar la ofrenda de mi entusiasmo, ante la corona de laurel inmortal del famoso poeta Barahona de Soto.

El periodo más luminoso, quizás, de la historia universal y de nuestra propia historia, es el siglo XVI; aquel en que tuvo la fortuna de florecer ese gran poeta, glorificado ya entre los de su tiempo, cuya memoria, casi perdida en las lejanías del pasado, acaba de hacer surgir de las tinieblas de ingrato olvido, al cabo de trescientos años, otro notabilísimo poeta, el señor Rodríguez Marín, á quien no puedo menos de significar en este momento mi más sincera y entusiasta enhorabuena, porque al par que con su obra, ha colocado á Barahona de Soto en el lugar preeminente que en el parnaso español le correspondía, ha, en cierto modo, reivindicado esta gloria literaria, para esta noble villa de Archidona; porque aquí, á no dudar, el insigne cantor de *Las lágrimas de Angélica* concibió las más preciadas muestras de su ingenio, aquí, en este florido pensil de hermosas mujeres, que esta noche son el encanto de este salón, eligió las compañeras cariñosas de su vida, y aquí, por último, su espíritu privilegiado, desligóse de su envoltura corporal, para volar á la sublime región de los inmortales.

Mas todo lo que atañe á la biografía y trascendencia literaria de aquel celebrado autor, en cuyo honor damos esta fiesta, es un santuario cerrado, donde no es dable penetrar, por hoy, más que al distinguido literato señor Rodríguez Marín, cuya elocuente voz estamos ganosos de escuchar; he de limitarme, pues, á hacer una brevíssima remembranza de dos génios contemporáneos y amigos de Barahona; de Cervantes y Lope de Vega, los cuales, juntamente con Herrera, el divino, iluminaron con las luces

expléndidas de su inteligencia, la dramática, la lírica y la prosa castellanas.

Así como en el orden filosófico, son inseparables las relaciones de causa y afecto, tampoco cabe dudar, de que el tiempo ó la sazón histórica en que se revelan las facultades del hombre, el medio ambiente como ahora decimos, no pueden menos de influir y determinar la manera y forma especial de su desarrollo.

El amanecer, pues, del Renacimiento, tras las densas tinieblas de la noche medioeval, era la ocasión más propicia, para que en nuestra patria se manifestaran con explosión primaveral, las facultades poéticas de una raza, que acababa de reconstituirse, cimentando su nacionalidad é independencia, después de la grandiosa epopeya terminada ante los muros de Granada, y que había hecho surgir del fondo del Océano tenebroso dilatados horizontes á la civilización.

Como astro de primera magnitud en el hermoso cielo de nuestra literatura, aparece entonces Lope de Vega, aquella gran lumbrera de su siglo, regocijo de las Musas y gloria de la humanidad; el cual, dejando á un lado la tendencia preceptista del clasicismo, puesto que el génio es de suyo expansivo y á ninguna regla preconocida gusta de sujetarse, sin más guía que el divino sentimiento del arte, sin otro código que su esplendente inspiración, da libertad al hasta entonces prisionero pensamiento, presta alas á la poesía, que ahora remonta su vuelo hasta las alturas de aquel ideal que se siente y no se concibe; y su musa exuberante, como la siempre joven naturaleza, severa y majestuosa como el carácter de los españoles, rica en invención, como la lozana imaginación de un pueblo joven, altivo y aventurero, todos los tonos recorre, desde

el tierno, apasionado y poco artificioso de la candorosa égloga, hasta el patético y grave de la elegía; desde la epístola moral, rebotante de cristianos sentimientos, hasta la dulce, amorosa y á las veces atrevida silva erótica.

Pero donde el gran Lope de Vega revela sus más eximias dotes de poeta, al par que un talento profundo capaz de sintetizar las operaciones, tendencias y esperanzas de aquella centuria, su penetracion para descubrir los arcanos del corazón humano, es en el género dramático, engarzando con cada obra que brota de su cerebro privilegiado, un áureo florón á la soberana y esplendente corona de su inmortalidad.

En una época fecunda en grandezas de todo linaje para nuestra patria, era forzoso que también la literatura alcanzase su mayor grado de apogeo y esplendor: Así, que ya en la dramática á nadie le era dado sobrepujar las sorprendentes concepciones de Lope de Vega apareció en el género novelable la egrégia figura de Cervántes, aquél génio poderoso y casi sobrehumano, que, lo mismo se eleva á las regiones inaccesibles del más puro idealismo, que satiriza la flaqueza y mezquindad de la humana condición, en aquella su obra imperecedera en que ríe y llora á un tiempo mismo, ora sus altas empresas, ora sus desaciertos, no ya solo la hidalga y soñadora pátria de Don Quijote, sino la humanidad entera.

Por que aquella gran época de la historia, aquél misterioso momento en que se verifica el parto laborioso de los siglos, el Renacimiento, en fin, alcanza su mayor apogeo en nuestra patria, señora entonces del mundo, aquí por el esfuerzo de las armas, allá por el carácter aventurero, aprestado siempre á todo buen suceso y á toda empresa noble y temeraria, acullá por la virtualidad de nuestra

religión y por la singular energía de nuestro ánimo, capaz de soportar todas las adversidades y de abatir todos los obstáculos.

Y no se imagine, que estas cualidades distintivas y poderosas de nuestro modo de ser, hanse atrofiado y extinguido con el transecurso del tiempo; antes bien, tenemos el convencimiento de nuestro propio valer, y sabemos, porque lo historia nos lo enseña, que después de tremendas crisis y caídas, hemos resurgido siempre á la vida nueva, templados ya nuestros corazones en el yunque purificador de la desgracia.

En medio de las tristezas que hoy nos rodean, cuando las señales de angustiosa desesperación se revelan en todos los rostros españoles, cuando nuestra gloriosa bandera ha sido brutalmente arriada en aquellos mismos territorios donde hubimos de llevar nuestro gènio y nuestra civilización, cuando surcan el Océano y arriban á nuestras dolientes playas, los espectros sangrientos de aquellos soldados, que hace tres siglos pusieron en nuestras manos el cetro de ambos mundos, cuando flota en el horizonte de nuestras desdichas el momento casi apocalíptico de la desmembración de nuestra querida pátria, todavía, como el gran poeta latino, permanecemos impávidos en medio de tanta ruina y desolación.

Pero, no creais, no, pueblos sin historia, que nos deis hasta la tierra que pisais, pueblos de mercaderes sin conciencia, no creais, no, que esta calma, que esta resignación del pueblo español, es signo de abatimiento y postulación; antes al contrario, sabed, que estamos seguros de que se acerca la hora de nuestra futura regeneración, y que aguardamos esa hora suprema, sin impacencias y sin desalientos, fiados en Dios y en nuestro derecho.

Podrán, sí, los azares de la guerra, la ambición y la perfidia de los más fuertes, arrebatarnos nuestro imperio colonial, pero, ciertamente, no podrán jamás arrebatarnos nuestra gloriosa historia, semejante á homéricas estrofas, porque la hemos escrito con sangre en todos los ámbitos del mundo, ni borrar de la memoria de todas las generaciones, los nombres inmortales de Lópe y Calderón, Cervantes y Barahona de Soto.—He dicho.



Á LUIS BARAHONA DE SOTO

CON MOTIVO DE SU

Biografía y Estudio Critico

POR

DON FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

SONETO

Barahona inmortal, poeta famoso
como de tí Cervántes escribía,
al rodar de los siglos se perdía
el canto de tu numen poderoso.
Otro poeta, que buscó afanoso
tus ya borradas huellas noche y día,
en el límpido azul de la poesía
te hace lucir cual astro esplendoroso.
Pueblo que ama las letras Archidona,
á tu génio consagra una corona
y el nombre de Marín ensalza ufano;
que si con propias glorias no brillara
al descubrir la tuya fulgurara
oh Barahona! el vate sevillano.

Modesto Moreno.



L'Orage

Le ciel est pur et calme, un nuage dans l'ar
Fogues nonchalamment de ses beaux flocons fier;
Mais bientôt l'on en voit d'autres sur la montagne
Qui dérobent le bleu du ciel à la campagne,
Le jour fuit; du couchant s'élève un vent furieux,
Et la mer fait entendre au loin un bruit hideux.
Les ombres d'une nuit universelle, obscure
Comme un voile de deuil tombent sur la nature,
La terre est en silence; et tout à coup l'éclair,
En sillonnant la nue, allume, enflamme l'air;
Le tonnerre bientôt roule dans l'étendue
Et sa terrible voix gronde à travers la nue.
La foudre éclate, tombe et le pin altier fend,
Des toursbillons confus lève envagé le vent.
Le nuage noir s'ouvre et se ferme sans cesse
Se ferme et s'ouvre encore avec grande détresse.

Un déluge de grêle on voit alors tomber,
Les nuages ouverts versen un fleuve entier.
Puis des monts foudroyés les graviers et les ondes
Descendent en torrents sur les plaines fécondes.
Hélas! les beaux champs d'or du fermier dans un jour
Après tant de travaux périssent sans retour.

P. Benito Martin.



Discurso de Don Francisco Rodriguez Marín

SEÑORAS: SEÑORES:

Sabido es que se llamó vates á los poetas, porque vaticinan: porque el estro suele ofrecer por fruto clarividencias tales, que vé entre las densas nieblas del porvenir como á la esplendorosa luz meridiana. Así, el gran trágico de los romanos, Séneca, profetizaba hace dieciocho siglos el descubrimiento del continente americano, de cuyas últimas islas acaba de depojarnos vilmente la perfidia; así, uno de nuestros grandes dramáticos columbraba en el siglo XVII la aún lejana invención del telégrafo, cuando dijo:

«Con la rapidéz del rayo
Las noticias han venido;
¡Quién sabe si, andando el tiempo,
Vendrán con el rayo mismo!»

Y así también, Luis Barahona de Soto, el insigne poeta á quien hoy recordamos, decía en una de sus composiciones:

«Por dicha, de que vivo habrá memoria
En otros siglos. y seré leído
Y celebrado en peregrina historia.»

Y decíalo porque, sobre adivinar que su nombre sería leído y celebrado, diez años después de su muerte, en la más *peregrina historia* del mundo, en *El Ingenioso Hidalgo* del inmortal Gervantes, previó que en loor suyo, andando los siglos, habían de celebrarse fiestas como las que Archidona celebra en estos días.

¡Hermosa reivindicación de la gloria del poeta andaluz! ¡Loable reverdecimiento de sus laureles! ¡Generosa y admirable labor la de los hijos de Archidona, á la cual yo concuro como un obrero más, pero como un obrero agradecidísimo, á la par que entusiasta, ya que, por la clase de estudios á que dedico ocios de menos simpático ejercicio, tuve la suerte de proponer esta reparación de los ultrajes que el tiempo, eterno demoleedor, hizo al nombre del vate insigne!

La proverbial cultura de Archidona, ciertamente, no podía dejar de responder como ha respondido á un llamamiento de esta clase: ¿Cómo no hacerlo esta hidalga tierra, madre en todo tiempo de hijos esclarecidos, así en la religión como en la milicia, así en las ciencias como en las artes? ¿Cómo no recordar entre sus poetas del tiempo clásico á Rodrigo de Miranda y Serna, aventajado discípulo de Barahona de Soto y amigo y encomiador elocuente de Pedro de Espinosa, del ermitaño de vuestra agraciadísima

Virgen de Gracia? ¿Cómo no recordar al archidónés Miguel Cabello de Balboa, autor de la *Miscelánea Antártica*, uno de los primeros que llevaron los esplendores de la literatura nacional y las nobles gallardías de nuestra habla, la más hermosa del mundo, á las apartadas regiones del Perú? ¿Cómo olvidar al también archidónés D. Florencio de Antezana, cuyas bizarras poesías permanecieron inéditas en la casa de los Duques de Osuna y paran hoy en la Biblioteca Nacional?

Y, viniendo á tiempos recientes, ¿qué diría yo que fuese acabado elogio de D. Miguel y D. Emilio Lafuente y Alcántara, vuestros paisanos, insigne historiador y etnógrafo aquél, eximio arabista y literato éste, enaltecedores ambos, con sus luminosos escritos, del áureo prestigio de las ciencias y las artes españolas? Ni ¿de qué manera dejar en silencio el nombre, también loabilísimo, de don José Godoy Alcántara, á quien se deben libros beneméritos?

Cuando tan brillante historia tiene Archidona en las anales del saber patrio, cuando tan eficazmente la recomiendan por su ilustración los valiosos elementos aquí congregados, bien puede esta villa, que nada tiene que envidiar á muchas ciudades populosas, permitirse la generosidad de honrar con un recuerdo, por todo extremo plausible, á Luis Barahona de Soto, que no tuvo la suerte de nacer en ella, es cierto, pero que en ella vivió los tres últimos lustros de su vida, y en ella escribió su afamada *Angélica*, y en ella se desveló por la salud de sus convecinos, y en ella, en fin, entregó su alma al Criador.

Nació el *divino* Soto en Lucena; pero aquí y no allí tuvo sus más durables afectos; vagando por el proceloso mar de la vida, como barca á merced de las olas en esta

hospitalaria villa encontró á la postre el puerto amigo, el refugio anhelado.

Más entrañablemente amó á Archidona que á su pueblo natal: que el hombre, por el corazón, es más hijo de las personas que le adoptan que de los padres á quienes apenas conoció y á quienes no volvió á ver. Y, *mutatis mutandis*, ese mismo fenómeno moral se comprueba en los que son padres solo por la adopción. Y es que, en tales casos, todo lo pone el afecto, nada la sang.e, todo es espontáneo.

Aún hoy, pasados tres siglos, Archidona es para Luis Barahona de Soto una madre amorosísima. Díganlo por mí estas espléndidas fiestas, en cuya preparación todos á porfía se han desvivido, y para las cuales no sólo han puesto á contribución sus iniciativas y sus talentos propios, sino también los de los ilustres huéspedes que nos honran, brillante representación de las ciencias y las artes de toda esta hermosa comarca.

Yo asisto con indecible deleite entre este escogido concurso que ha proclamado, en admirables poesías y en elocuentes peroraciones, los grandes méritos del poeta por mí tan admirado; yo contemplo con verdadera fruición el entusiasmo con que, honrando al insigne hijo de las Musas, enalteceis el buen nombre de esta culta población; mas, porque no haya dicha completa, yo, cariñosa y agradecidamente, deploro algo de lo aquí sucedido.

La circunstancia de haber sido el primer promovedor,—no el principal, en modo alguno—de esta lucidísima solemnidad os ha inducido á hacerme objeto de bondades tales, que rebasan muy mucho el límite de mis humildes merecimientos. Nada hice que tanto valga; no soy acreedor á los elogios con que me favorecisteis; en justicia,

solo una cosa estimable hubo en mí: la buena voluntad. Y aún esa, nada hubiera logrado sin vuestro generoso auxilio. Galardonándome, pues, tan sin medida, no demostrasteis los méritos míos, sino la esplendidez vuestra. Durarán tanto como mi vida—yo os lo prometo—el recuerdo de estas bizarras fiestas y la gratitud con que mi corazón corresponde á cuanto hicísteis para honrar la memoria del *divino* Soto, favoreciendo, de paso, al humilde autor de su biografía.

Mil gracias cordialísimas por tantas bondades á la ilustre Corporación Municipal de Archidona: de esta noble villa en donde siempre encuentra eco y protección todo pensamiento levantado; mil gracias asimismo á las gentiles damas que han honrado este acto con su presencia, avalorándolo grandemente con su hermosura, y á los reverendos PP. Escolapios, á quienes tanto debe la cultura de este pueblo; mil gracias también á los insignes escritores, mis buenos amigos, que han venido de diversas partes á dar más realce y brillo á esta conmemoración, y á Archidona toda, tierra nobilísima llena de corazones hidalgos.

Archidonés soy desde ahora por [el mío; que de otro modo no correspondería á vuestras finezas!



Un recuerdo y una coincidencia

Discurso leído por D. Antonio Aguilar y Cano.

Sin la sombra no disfrutaríamos el placer de saborear las bellas obras del Arte; sin la sombra negadas estarían á nuestros sentidos las siempre encantadoras formas de la Naturaleza, fuente pereenne é inagotable de todo lo estético; sin la sombra piadosa, que en lo intelectual llamamos misterio, el cerebro humano estallarí y sería, por pequeño, aniquilado al contemplar la pura esencia de las cosas y la increada luz del Inefable.

¿Que son vulgaridades las que digo? Ya lo sé; pero nada debiera ser tan vulgar y sencillo como la verdad, lo que haría nuestras ideas precisas, propias nuestras palabras y fácil el camino de las inteligencias.

Sin esa sombra despreciada, mas nó despreciable, esta reunión selecta en que desde lejanos puntos han venido á concertarse privilegiados espíritus para cantar las glorias de Barakona famoso entre los poetas de su siglo, para ensalzar los méritos de Rodríguez Marín que no lo es

menos entre los del día, y que no contento con ser poeta, es además orador elocuentísimo, juriconsulto eminente, historiador afortunado, folk-lorista eximio, polígrafo, bibliófilo y cuanto á su poderoso entendimiento se le antoja ser; y para cantar por último la legendaria historia y el brillante presente de la ilustrada y hospitalaria Archidona;... sin esa sombra digo tan sugestivo y encantador concierto resultaría menos espléndido y brillante, y faltaría vida y ambiente á este nobilísimo acto.

Mi misión en él, aceptada sino con espontaneidad con gusto, está fatalmente escrita: correspondeme aportar á este cuadro, todo luz, la obscura pincelada que haga destacar fuertemente las bellezas derrochadas por los que me precedieron y han de seguirme en el uso de la palabra.

Si os parece impertinente lo que habeis de oírme ó entendeis que no era esta la sazón para decirlo, buena escusa encontrareis á mi falta en las especiales circunstancias que me obligan á incurrir en ella.

Hace cuatro siglos (y no temais que por alongarme en el tiempo os cuente luengas mentiras) hace cuatro siglos, cuando Archidona era preciada joya de la corona granadina, luciendo en la enhiesta cumbre, en que hoy se alza purísimo santuario, su inespugnable recinto de fuertes murallas y almenadas torres, era ya Estepa poderoso apoyo de las armas cristianas en aquella ancha é indecisa faja que llamándose frontera debió con más propiedad nombrarse palenque abierto á entradas, correrías y algaradas de los jefes más famosos de aquellas dos razas que tenían concertado desde hacía siete siglos y venían realizando el más épico de los duelos, en que la muerte del vencido había de ser la palma del vencedor.

Entraban con frecuencia en campo moro para arrasar aduares y cosechas y recoger pingüe botín dos estepeños famosos, Francisco de Torre, el Bueno y Pedro Díaz de Torre, su hermano, los cuales, al frente de sus aguerridas mesnadas, se internaron muchas veces, sin miedo alguno, en la vega de Alora, en las dehesas de Antequera, y en los feraces campos de Archidona; pero es el caso que como jamás guerrero alguno logró uncir á su triunfante carro las caricias de la Fortuna, con razón pintada como veleidosa, un dia toparon en su camino con los moros de Archidona que batiéndolos, vencióndolos y apresándolos, aquí los trajeron cautivos y aquí los aherrojaron y sumieron en oscurísima mazmorra. Fué dicha incomparable para los que pudiéramos llamar, con moderna frase, guerrilleros cristianos, estar caçados con Inés Pérez y Antonia Martín *la Cana*, á la última de las cuales con orgullo cuento entre mis antepasados. Llegar á Estepa la infausta nueva, oír la virilmente aquellas dos bravas hembras, y apellidar «¡al arma!» á sus dentos, á sus amigos y convecinos, fué todo uno. Rápidamente la hueste se organiza, y puestas al frente de ella las dos valientes desgájase como una tromba de la empinada Estepa, deja atrás la histórica Peña Rubia, donde antes fué desbaratado un ejército granadino, traspasa las salinosas lagunas de Fuente Piedra, se interna en la dehesa del Adelantado, y esquivando las proximidades de Antequera se interna en las quebradas y montuosas tierras de la temida y para ellos aborrecible Archidona. Pero antes que la estepeña hueste, los humos de las fogatas de atalaya en atalaya trajeron aquí noticia, y no menos fuerte, ni menos aguerrida tropa mora, con igual violencia, bajó de la cumbre á las gargantas del terreno por donde avanzaban los enemigos, y

como era de esperar y de temer, ambos pequeños ejércitos chocaron, y pelearon desesperadamente; pero como jamás guerrero alguno logró uncir á su triunfante carro las caricias de la fortuna inconstante, por esta vez triunfaron los buenos y Antonia Martín *la Cana*, é Inés Pérez, llevaron como prueba de su triunfo á Estepa muchos morros principales que quedaron aherrojados en no menos segura mazmorra.

¿Necesito decir el fin de la aventura? Está en el pensamiento de todos vosotros: los cautivos fueron cangeados y aquellas insignes mujeres, verdaderas *varonas*, permitidme ese recuerdo de otro hecho que dió origen á su apellido, lograron con su resolución y con su esfuerzo estrechar de nuevo entre sus brazos á los que ya eran perdidos esposos.

Ese es el recuerdo que había de traer á vuestra memoria.

¿Y la coincidencia? No merecía la pena de notarla, pero es de circunstancias el hacerlo. Corridos más de cuatrocientos años, un descendiente de Antonia Martín, «*la Cana*», sale de Estepa para Archidona en verdadera correría literaria, y al llegar entre vosotros ha quedado cautivo, cautivo de vuestra hidalguía, de vuestra fineza, de vuestra cultura y del encanto inexplicable de vuestra bendita tierra. No tengo para redírmeme otra prenda que ofreceros que la de mi gratitud que, por venir de quien viene, nada vale, pero entended que es tan grande que al dároslo deo en vuestras manos mi corazón todo entero.



En honor de Barahona de Soto

Llegamos á la estación, señala el reloj la hora y penetramos en uno de los departamentos acompañados ó acompañando á Narciso y Joaquín Diaz de Escovar, José Carlos Bruna, redactor de nuestro querido colega *La Unión Mercantil* y Juan Antonio de Torre, el genial escritor de Sevilla.

Nada del viaje merece los honores de ser mencionado, y digo que nada, porque casi no considero digna de la publicidad una sustracción de dos ó tres *coraceros* y dos ó tres *damas* de dudosa estirpe, de que fué victima Bruna al bajarse en una de las estaciones inmediatas.

Al llegar á la de Bobadilla tuvimos el gusto de saludar al ilustre literato Sr. Rodríguez Marín, que acompañado del notable historiador Sr. Aguilar y Cano, dirigiáse, como nosotros, á Archidona, á donde llegamos ya anochecido.

Y aquí da comienzo la brillante apoteosis de la hospitalidad y galantería de los hijos de la citada villa,

Acompañados de la comisión organizadora y en algunos coches de propiedad, salvamos la hasta cierto punto respetable distancia que separa la estación de la preciosa villa, donde fuimos hospedados y atendidos en casa de varias distinguidas personalidades, tocándonos en suerte la de D. Joaquín Escovar verdadera encarnación del labrador andaluz, noble, espléndido, simpático, con el alma en los ojos y el corazón en la mano, uno de los que siguiendo hidalgas y rancias tradiciones hacen de la hospitalidad no ya un deber sino una verdadera religión.

Honras fúnebres

Presididos por el Alcalde D. José Luis Sánchez, y por los señores D. Francisco Rodríguez Marín, el jefe de la Guardia civil y el Rector de las Escuelas Pías; escoltados por una banda de música y en compañía de los que forman aquella corporación municipal y de la ya citada comisión organizadora, nos dirigimos al bellissimo templo que presentaba brillantísimo golpe de vista.

Deslumbraba el altar mayor que, según el dicho popular, parecía un áscua de oro, agolpábase la multitud en las elegantes naves, y destacábase en el centro un suntoso túmulo.

Resonaron las solemnes armonías del órgano, las voces de los místicos cantantes, cumplió su sagrada misión el dignísimo Vicario D. Pedro Sánchez Naranjo, y terminada la solemne ceremonia subió al púlpito un R. P. Escolapio, cuyo nombre sentimos no recordar.

Terminado el religioso acto, y en la misma forma en que llegamos al templo, regresamos á las Casas Consis-

toriales, á donde no volvimos hasta las once de la noche, hora señalada para el anunciado refrigerio.

Banquete

Mil y mil plácemes á las autoridades, mil á la comisión organizadora, mil á nuestro querido amigo Don Isidoro Benitoa, que de modo tan brillante supieron patentizar su buen gusto, su esplendidez y sus proverbiales hidalguía y cultura.

El salón, el hermoso salón capitular, estaba adornado con gusto, con indiscutible elegancia; en el estrado y en el centro de una soberbia corona de laurel, sobre fondo de terciopelo granate, destacábase en bellos y áureos caracteres el nombre del poeta cuya memoria se solemnizaba.

El elegantemente impreso *menú* prometía á los asistentes cumplida satisfacción con sus escogidos platos y sus excelentes vinos cuyos nombres á fuer de estómagos agradecidos no podemos dejar de dar á conocer y que consistían en

Galantina con salsa mayonesa

Langostinos á la vinagreta

Jamón en dulce con gelatina

Pastelillos, dulces, frutas

Café y licores

Vinos: Jeréz, Rioja, Champagne

Entre los distinguidos comensales tuvimos el gusto de ver á los señores:

Don Francisco Rodriguez Marín.

» Narciso Diaz de Escovar.

» Joaquín Diaz de Escovar.

Don Juan A. de Torre Salvador.

- » Antonio Aguilar y Cano.
- » José C. Bruua.
- » Miguel Salcedo González.
- » Salvador Artacho y Pino.
- » Ramón Oliver Zalamea.
- » Enrique Miranda Godoy.
- » Eugenio Lafuente Valverde.
- » José Sevilla Jiménez.
- » Emilio Miranda Alcántara.
- » José Cano Luque.
- » Manuel Saez Buzón.
- » Emilio Pêrez Melgar.
- » Juan García Checa.
- » Rafael Ramilo Lara.
- » Juan García Ramilo.
- » Juan García Sánchez.
- » Luis del Valle Gonzalvez.
- » José L. Sánchez Pastrana.
- « Modesto Moreno de la Rosa.
- » José Rosal Benítez.
- » Enrique Pabón García.
- » Adolfo Serna Morales.
- » Manuel Trugillo Moreno.
- » José L. Guerrero González.
- » Miguel González Gozalvez.
- » Ricardo Conejo Ciezar.
- » Miguel Soana Ligeró.
- » Joaquín Checa González.
- « Manuel Miranda Gutiérrez.
- » Luis Tamayo Cárdenas.
- » José Hoyos García.

Don Manuel Pérez Murillas.

- » Ramón Nogueras Bahamonde.
- » Antonio de la Rosa Rosal.
- » Aurelio García Checa.
- » José Palomero Moreno.
- » Antonio Aragón González.
- » Francisco García González.
- » Joaquín Luque Ferrer.
- » Miguel Blanco Urbano.
- » Isidoro Blanco Urbano.

Y el que estas líneas escribe al que aseguran que lutos recientes y causas justificadas nos impidieron tener el honor de ver entre nosotros otras distinguidas personalidades.

Y llegó la hora en que satisfecha la pícaro gula, caldeado el cerebro por la generosa savia de las cepas andaluzas, en ese estado en que se vé la vida como al través de un prisma luminoso y risueño, espumeó el champagne en las cristalinas copas y levantándose el Sr. Rodríguez Marín inició brillantemente, como era de esperar, los brindis, siguiéndole galanamente en el uso de la palabra los Sres. D. José Cano y Luque, D. Emilio Pérez D. Enrique Miranda que tiene frases cariñosísimas para los forasteros que á la fiesta concurren; D. Narciso Díaz de Escovar que brinda al par que en el suyo en nombre de don Arturo Reyes, y pide se dé el nombre del notabilísimo biógrafo de Barahona á una de las calles de la villa: don Aurelio García, en nombre del ausente inspirado poeta D. Cayetano Alvear de quien lee una linda composición: D. Juan García, D. José Carlos Bruna que lo hace en nombre de la prensa de Málaga: D. Joaquín Díaz de Escovar, D. Modesto Moreno, D. Eugenio Lafuente que fué

aplaudidísimo: D. Joaquín Checa, D. Manuel Pérez, don Salvador Artacho y D. Ramón Noguera Bahamonde.

Terminados los brindis el Sr. Cano y Luque pide que el notabilísimo autor de los *Gnomos* de la Alhambra, don Ramón Noguera, hoy Registrador de la Propiedad de Archidona, toque al piano lo cual hace del modo admirable que era de esperar, el reputado compositor poniendo fin á tan agradable fiesta.

Descubrimiento de la lápida

En la misma forma en que hubimos de dirigirnos al templo el día anterior nos dirigimos á la calle donde está situado el modesto edificio donde habitó y murió el ilustre biografiado por el escritor de Osuna.

A los Limnos de la Marcha Real y ante apiñada multitud, después de pronunciar breve y elocuente discurso descurre el Sr. Alcalde el terciopelo que cubría la elegante lápida conmemorativa y el Sr. Rodríguez Marín con fácil, grave y reposada palabra dá las gracias á las Autoridades y al culto pueblo de Archidona terminando con un viva á la villa coreado entusiásticamente por todos, siendo también vitoreado el erudito orador.

Velada

Y hemos llegado al acto más importante de la solemnidad literaria celebrada en Archidona á la que tan galantemente hemos sido invitados.

El salón está de bote en bote, la luz eléctrica abrillanta el esplendoroso conjunto, las damas de Archidona y aquí cabe repetir aquello de

¡Qué mujeres, Santo Dios!

pues bien, las señoras y señoritas de Archidona radiantes de elegancia y de hermosura prestan su divino ¡vaya si está bien adjetivado! sí, señores, me ratifico, su divino concurso á la fiesta y cuando atravesamos por entre aquellas filas de vírgenes y matronas cristianas que nos hacen recordar con su miajita de envidia á los sectarios del Coran y adoradores del inmortal zancarrón y envidiarlos por aquello de los perfumados harenes donde emborrahán á la pena; cuando atravesamos repetimos por entre aquellas compactas filas de vértigos archidonenses y nos colocamos en el estrado, dá principio la velada presidida por el Sr. Alcalde y D. Francisco Rodríguez Marín.

En el primer número musical del programa, es admirablemente interpretada la «Marcha del Profeta», á ocho manos, en dos pianos, por las bellas y distinguidas señoritas doña Matilde Luque y María Sánchez, y los señores Noguera y Blanco, todos los cuales fueron aplaudidísimos. Y cerrando los ojos para no ver tantos femeniles esplendores, escuchamos las breves y expresivas frases de la primera autoridad que cedió galantemente el puesto al notabilísimo escritor sevillano.

El señor don Enrique Miranda pronuncia un elocuente discurso en el cual tiene frases cariñosas y galantes en extremo para las damas de Archidona y para los literatos y poetas que concurren al acto; pide que la corporación municipal nombre hijo adoptivo de la villa al ilustre biógrafo de Barahona de Soto, y hace un tan completo cual merecido elogio de nuestro querido amigo Narciso Díaz de Escovar, al quien considera como hijo preclaro de Archidona.

Se levanta el mencionado inspiradísimo poeta, recita de modo magistral una bellísima composición en décimas,

y es celebradísimo y justa y extraordinariamente aplaudido.

Sucédenle el R. P. D. Miguel Canet; y dan lectura don Emilio Pérez á un bellissimo trabajo, que llama profundamente la atención, hermosa página literaria que recita con suaves y simpáticas entonaciones; D. José Carlos Bruna á un improvisado y precioso romance lleno de fluidez y delicado humorismo que arranca aplausos nutridísimos á la amable concurrencia; el R. P. D. E. López Piña, á una composición poética que recita acompañado al piano por el maestro Sr. Nogueras; por la cual es felicitado; el R. P. D. Vicente Gaitán á un hermoso trabajo en prosa justísimamente aplaudido y celebrado por la distinguida concurrencia; D. Francisco Rodríguez Marín á un capítulo de la hermosa biografía del ilustre poeta Barahona de Soto, premiada por la Real Academia Española; don Eugenio Sánchez La Fuente á unas bellísimas y fáciles quintillas, testimonio irrecusable de su genial inspiración; D. Joaquín Díaz de Escovar á varias hermosas páginas escritas algunas horas antes y con las cuales prueba una vez más su indiscutible talento, el R. P. D. Antonio Eibar recita una poesía en latín; D. Juan Antonio de Torre, uno de los héroes de la jornada, lee un admirable trabajo humorístico, correcto, fácil, chispeante, una irónica y graciosísima careajada que rompe la gradación de aquel concierto de tonos graves y sublime á veces, careajada que llega á todos los espíritus y repercute en todos los labios; D. Juan García Sánchez, habla con tono levantado y con fácil y correcta palabra; D. Modesto Moreno da lectura á un justamente aplaudido soneto, haciendo constar antes la adhesión á la fiesta del director de nuestro colega «El Lucentino» y de los Sres. D. Antonio Al-

cántara, D. José López Carbonero, D. Emilio Rosa y don Trinidad Rojas.

Procede después el notable historiador señor Aguilar y Cano á la lectura de un oportunísimo trabajo acreedor á los mayores elogios; el R. P. D. Benito Martín á la de una poesía en francés, y Narciso Diaz á la de unos bellísimos fragmentos de las poesías de Barahona, que lee de modo admirable.

Levantóse el Sr. Rodríguez Marin para cerrar con broche brillantísimo la velada, y no decimos que tuvo momentos felices, pues los fueron todos aquellos en que tuvimos el gusto de escucharlo.

Y terminó la velada con que los cultos y nobles hijos de Archidona han demostrado á un tiempo mismo, su amor á todas las manifestaciones de la inteligencia y su innata é insuperable galantería.

Regreso

Pensábamos extendernos algo más, hablando de nuestra expedición al precioso santuario de la Virgen de Gracia, antes templo romano y arábica mezquita, en cuyas agrias vertientes paladeamos riquísima Manzanilla, gracias á la cortés y cariñosa previsión de D. Rafael Almohalla, y pensábamos hablar de muchas personas y cosas más, pero el regente de la imprenta nos dice que si proseguimos escribiendo no puede salir este artículo, y hay que resignarse, y tenemos que comprimirnos y agregar solamente que después de un suculento almuerzo nos dirigimos á la estación, acompañados atentamente por el Alcalde D. José Luis Sánchez y los Sres. D. Eugenio Lafuente D. Miguel Salcedo, corresponsal de *El Cronista*

en aquella villa, D. Joaquín Escovar, D. Rafael Almohalla, D. Juan Cárdenas, D. Antonio Aragón, el capitán de la benemérita Sr. Luque, el médico D. José Cano y don Luis Naranjo, que no se apartaron de nosotros hasta dejarnos acomodados en nuestro departamento.

Y damos fin á esta desaliñada crónica, no sin antes reiterar nuestros más entusiásticos plácemes y el testimonio de nuestra gratitud á las autoridades, á la comisión organizadora y á todos los moradores de Archidona, que nos han distinguido con sus inolvidables deferencias.

Arturo Reyes.



DOS PALABRAS

Por involuntario olvido no entró en el lugar que en el libro le correspondía, el curioso y notable discurso del Sr. Aguilar y Cano que debiera figurar, de seguir, como se ha seguido, el orden con que fueron leídos los trabajos en la Velada, entre la poesía del Sr. Moreno de la Rosa y la poesía del P. E. Benito Martín.

Tampoco figuran en el libro, aunque con pesar de sus editores, la oración fúnebre, el discurso del P. Canet, ni la poesía de Barahona leída por el Sr. Díaz de Escovar (D. Narciso).

En cambio, hemos añadido el precioso artículo de don Arturo Reyes, crónica fiel y galana de las fiestas, que ninguno de los asistentes en ellas podría haber escrito con tanta libertad como él la escribió, puesto que nada leyó en Archidona para no verse en la dura necesidad de escribir sus propias alabanzas, ó de preterir injustamente su trabajos.

Quien dedica estas dos palabras á la edición de un libro que es gallarda muestra de la cultura de Archidona, se complace, al terminar aquella, en consignarlo así, pidiendo humildemente perdón á los nobles organizadores del *Homenaje á Barahona* por cuantas deficiencias observen en la edición misma y por no haber logrado que correspondiera esta dignamente á la importancia y nombradía que alcanzaron las fiestas celebradas en la pintoresca villa para honrar la memoria del famoso poeta lucentino.

El Impresor:

DIEGO BORRAJO.

FÉ DE ERRATAS



<i>Página</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
6	3	duda	deuda
6	16	6	5
17	11	Joaquin	Francisco
17	24	Reyes	García
24	4	en	á
24	11	de	L.
30	6	espresar	expresar
31	1	Hé	Hed
31	5	estinguidas	extinguidas
33	22	sujección	sujeción
33	31	orbe	orbi
34	17	de arte	de este
34	23	habito	habitó
36	8	inspirasen	inspiraron
38	15	lamentar	lamentan
39	13	hermosísima	honrosísimo
39	20	Toda	Todo
40	4	nos	no
40	13	de que	del que
40	28	Divadico	Davidico
40	31	Dominü	Domini
43	28	Solecio	Solesio
45	9	contostando	contestando
45	12	comence	començé
46	13	portugueses	portugués
46	21	Anflion	Auflón
47	15	tu	tus
49	26	tono	trono
51	2	dirijir	dirigir
52	2	domadomador	domador
53	30	expléndida	espléndida
61	25	Pindaró	Pindaro
64	1	Gongóra	Góngora
64	23	te	le
67	1	de	en
69	32	eminente	eminentemente

<i>Página</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
71	22	estatuos	estátuas
79	1	fugí	fugit
79	5	fulgirís	fulguris
80	3	memoris	nemoris
80	17	quereus	quercus
80	22	lactae	laetae
80	23	vireuti	vireuti
81	3	Dormiunt	Dormiunt
92	1	l'ar	l'air
92	2	Fogue	Vogue
92	5	s' élève	s' élève
92	10	enflamme	enflame
92	14	toursbillons	tourbillons
92	14	euvage	eurage
92	15	etse	et se
92	16	ancore	encore
93	2	versen	versent
93	2	nn	un
93	2	eutier	entier
95	10	Gervantes	Cervantes
100	8	explendido	espléndido
100	23	inespugnable	inexpugnable
101	19	dendos	deudos
105	5	uuestro	nuestro
105	15	oon	con
106	3	José C Bruua	José C. Bruna
107	7	Francisco....	Francisco
107	12	jnstificadas	justificadas
107	18	prisme	prisma
107	21	siguiend	siguiendo
107	31	Boaquin	Joaquín
108	6	al piano	el piano
109	6	secretarios	sectarios
109	12	Rodriguez Martin	Rodriguez Marin
109	29	prelaro	preclaro
110	15	d l	del
110	24	chispeaute	chispeante
111	7	poeias	poesías
111	15	inteljgencia	inteligencia
111	22	eariñosa	cariñosa
112	6	a	á



capilla estaba adornada
colgando la primera con

prop...

hid que

382

FAN
XIX
461